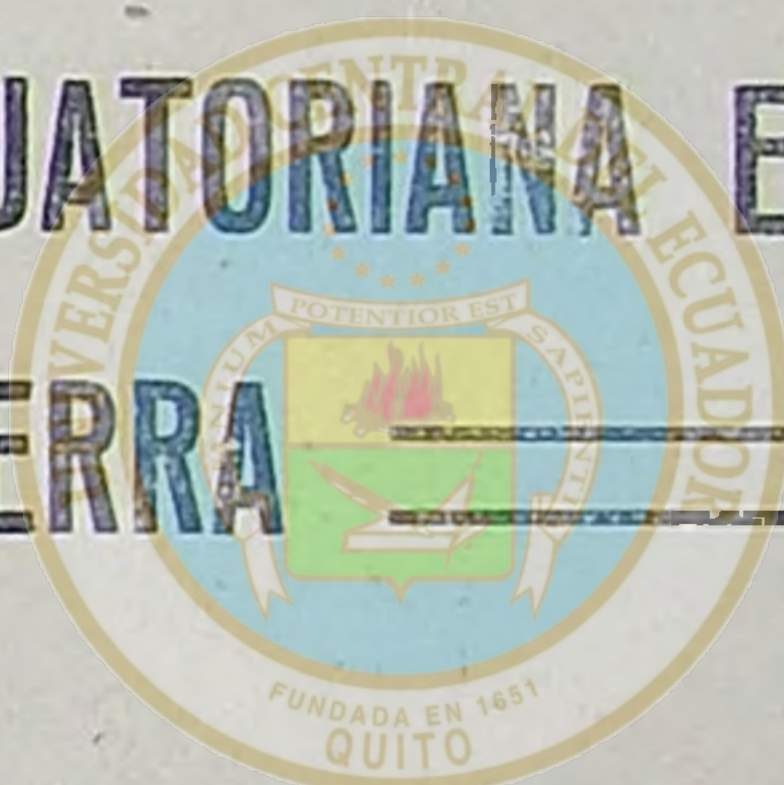


X Antonio Quevedo _____

X **SOBRE POLITICA EXTERNA
ECUATORIANA EN LA POST-
GUERRA** _____



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Fragmentos de la Conferencia pronunciada en
el Salón Máximo de la Universidad Central de
Quito, ante la Federación de Estudiantes del
Ecuador el 23 de Marzo de 1944 _____

Si siempre es indispensable decir la verdad y solamente aquello de lo cual, ante nuestra propia conciencia, no podemos arrepentirnos nunca, esta norma adquiere sobre mí mayor imperio, si quien me pide que exponga mi pensamiento es la Federación de Estudiantes Ecuatorianos. Ella, en esta trágica época, no solamente levanta la conciencia nacional, sino que contribuye a formarla. Porque ha hecho ya obra para sacar al hombre ecuatoriano de su marasmo y acoquinamiento; infundirle nuevas convicciones acerca de la hora y de los destinos de la Patria; dotarle de una mayor voluntad creadora, y recordarle una tradición varonil y los grandes momentos en que la personalidad nacional del Ecuador, fué una fuerza avasalladora.

Los estudiantes de hoy están procurando formar su espíritu y su cultura bajo la luz creciente de grandes ideales sociales; pero, al mismo tiempo, hincando directamente la investigación y la voluntad en las cosas y los problemas reales, por más duros y crueles que ellos sean.

No importa que haya entre los estudiantes diferentes ideas. Al contrario, conviene que las haya y que se cultiven todas en un generoso ambiente de mutua comprensión y tolerancia. Lo importante, lo indispensable, es que los jóvenes tengan ideas claras y que no las sacrifiquen jamás ante los llamados del interés egoísta, o de la comodidad individual.

Al hablaros de los problemas que afrontará la política exterior ecuatoriana en la post-guerra, no puedo deciros nada de nuevo.

Los grandes hechos y las corrientes medulares del mundo se precipitan insuperables frente a vuestros ojos. Las ideas fundamentales ya están escritas por estadistas e investigadores, que en diversas latitudes, son los portaestandartes del pensamiento humano. Millares de publicaciones circulan cada año popularizando el conocimiento de los nuevos aspectos de la gran tragedia universal. Aún, aquellas convicciones matrices que están agitando los espíritus ibero-americanos en este instante, parecen no nacer en mentes aisladas, sino brotar, por extraña coincidencia saturada de Destino, sincrónicamente, en centenares de pensadores de nuestras Repúblicas.

No aspiro, pues, sino a formular una modesta contribución al estudio de nuestra política exterior; a resumir, en forma sencilla y clara, algunos de los hechos básicos y de los problemas primordiales entre los cuales tiene que dirigirse aquella, en el curso de los próximos años.

Mi exposición va a resultar fatigante porque los problemas externos tienen una cierta permanencia; porque hay que considerarlos bajo la perspectiva del tiempo y, por lo tanto, hay que tratar sobre ellos con cierta fría serenidad, reñida con la vehemencia juvenil.

Dificultades para la acción externa de los pequeños Estados

En materias de política externa es más rígida y tiránica la norma general de que no se hace todo lo que se quiere, sino lo que se puede. Y se puede, o se ha podido, hasta ahora especialmente, construir lo que está respaldado por la fuerza.

La fuerza moral es indestructible a la postre. Pero la física impone durante siglos sus soluciones, antes de que la resaca histórica destruya la injusticia.

La palabra exterior de un Estado es oída sobre todo, cuando puede ser secundada por la voz ululante de las bombas.

De ahí la tragedia de la diplomacia de los países chicos: No cuenta con dichos argumentos, que son los más convincentes; y, por otro lado, no puede convencer ni a sus propios compatriotas, porque no tiene derecho a abrirles los archivos reservados que prueban sus asertos.

Muchas veces los diplomáticos vieron claro, advirtieron, aconsejaron, rogaron a sus propios Gobiernos. No podían ni debían hacer más. Los políticos, vanidosos o cobardes, desecharon el consejo y se fueron de bruces.

Han habido muchísimos diplomáticos ecuatorianos ineptos. Pero varios capaces y abnegados. Recuérdese a un José Félix Valdivieso, a un Antonio Flores, a un Honorato Vásquez.

A menudo nos preguntamos que por qué no hemos construido una red de alianzas a nuestro alrededor, que nos preste poder y nos permita alcanzar nuestras aspiraciones. Pues, en la mayor parte de los casos, la cruda razón es simple: por qué a los demás no les ha dado la gana de aliarse con nosotros, ya que eso no les convenía, dadas nuestra pobreza y falta de recursos defensivos.

¡Qué difícil es a los Estados pequeños tener amigos fuertes que no abusen, o no jueguen con el destino de las Naciones débiles! Para satisfacer las propias ambiciones, el más fuerte, a menudo, luego de sacar la castaña del fuego por mano ajena, deja despanzurrado, en cualquier encrucijada de la Historia, al pueblo chico, inerme y crédulo.

Inevitablemente, al estudiar estas materias, hay que comenzar por formarse una idea clara acerca de la Nación de cuya política exterior se trata y del mundo exterior que la rodea. Al mismo tiempo, es punto de apoyo indispensable el recuerdo, siquiera sucinto, del pasado. Sin que el pasado sea invencible. Así, pues, en política exterior también se puede enmendar el rumbo, coherente y paulatinamente, sin contradicciones que hagan dudar del buen sentido nacional; sin incoherencias que pongan en falso la seriedad de un Estado que aspira a ser perenne; sin saltos espasmódicos, que no convencen a los demás.

No obstante, en el Ecuador, al deliberar sobre las resoluciones que exigía nuestra política exterior, muy a menudo nos quedamos flotando en el vacío, suspendidos sola-

mente del pasado, sin tomar en cuenta la densidad y profundidad de los hechos presentes.

Procuremos pues, no vivir demasiado del pasado, porque de tanto volver nuestra cabeza a lo que ya irremediablemente se fué, corremos, nosotros también, el peligro de quedar convertidos en estatuas de sal.

Nuestro lema debe ser, pues, el avance, con los polos de la mente puestos en la experiencia del pasado, en la realidad áspera del presente y en un ideal claro para el futuro.

No podemos desdeñar la fuerza de creación futura del ideal. Por el contrario, Nación sacudida y atormentada la nuestra, tiene que encauzar, en un esfuerzo largo, tenaz y deliberado, toda la savia idealista de sus ciudadanos y toda su íntegra capacidad potencial, si quiere sobrevivir a esta etapa decisiva de la Historia. Mas, por lo mismo, como no tratamos de decir cosas hermosas ni halagar el sentimiento nacional, sino de contribuir modestamente al estudio de los posibles rumbos venideros de nuestras relaciones exteriores, tenemos que partir de bases reales, que están sobre la tierra misma, por más que estas bases no sean ni tan sólidas como nuestro anhelo patriótico, ni tan grandes como nuestros sueños.

Esta exposición, pues, está escrita sobre el suelo firme de la sombría realidad nacional; la cual, a pesar de sus nieblas densas y de sus abismos, deja apuntar el amanecer de un destino con triunfadora luz ecuatoriana.

Posición y medios internos como base para la acción exterior.

Nos es, pues, indispensable el conocimiento, tan exacto como fuere posible, de la realidad del país: de su extensión; condiciones geográficas; recursos naturales; población y estado y distribución de ella; producción agrícola e industrial; economía en general, comercio y finanzas; situación defensiva; recursos potenciales utilizables, etc., etc. En otras palabras, si la política exterior de un país consiste en la acción encaminada para la consecución de ciertos fi-

nes, en relación con los demás Estados, es preciso conocer los medios de que se dispone para cumplir o alcanzar aquellos.

No son los fines, los que nos imponen o nos suministran los medios requeridos para conseguirlos. Por desgracia, dentro de la realidad de la dirección diplomática, no podemos aspirar a otros fines sino a aquellos cuya consecución podemos alcanzar con los medios de que disponemos: dado el hecho de que vivimos en un mundo en el cual otros Estados buscan también la consecución de sus fines nacionales, los cuales, a menudo, están o pueden estar en conflicto con los nuestros; en una realidad internacional materialista, en la que las conexiones, tratos, enlaces, presiones entre los Estados, son el resultado de una correlación de fuerzas desiguales en continua variación, como hemos aprendido ya, y amargamente, con herida en carne propia, los ecuatorianos.

Esto podrá aparecer demasiado a ras de tierra a los soñadores; pero revítese la Historia Universal, y nuestra propia Historia, inclusive sus páginas recientes, y se verá que esta enunciación es acaso la más verdadera.

La igualdad entre los Estados, el imperio del Derecho Internacional, el triunfo de la Justicia, etc., si son ideales por los cuales lucha la Humanidad desde hace varios siglos y a los cuales se acerca, desgarrándose, a través de años cargados de sangre, son ideales que todavía cristalizan en el mundo tangible solamente cuando están respaldados por una fuerza nacional, o una coalición de diversas fuerzas nacionales, apoyadas en el interés común de las partes que los sostengan.

No hablemos pues, al menos aún, de la justicia de las aspiraciones nacionales del Ecuador, ni de los derechos ecuatorianos, sino de aquellos medios con los que el Ecuador cuenta para buscar la consecución de sus aspiraciones como entidad política.

Índice potencial del Ecuador

No sabemos, creo que nadie sabe todavía, exactamente, nuestra extensión territorial actual: de 225 a 250 mil kilómetros cuadrados.

Contamos con vastos recursos forestales y agrícolas, en estado potencial, al oeste de la cordillera occidental y al este de la cordillera oriental de los Andes. En la región interandina disponemos de modestas posibilidades para el desarrollo del ganado vacuno y ovejuno —modestas, dadas las cifras que ejercen influencia en la gran producción necesaria para entrar de lleno en los mercados mundiales.

Desde el punto de vista minero, son muy limitadas las posibilidades de explotación —en el estado actual del desarrollo de la técnica— de los yacimientos mineros situados dentro del callejón interandino. Pero parece que hay mayores posibilidades mineras al oeste de la Cordillera occidental y al este de la Cordillera oriental de los Andes. No tenemos un mapa geológico, ni un inventario mineral del País, propiamente hablando.

Acaso no podemos aspirar a convertirnos en un país minero de primera línea, pero los ensayos y las exploraciones hechas hasta ahora, tampoco nos imponen caer en total pesimismo. En esta materia, hemos oscilado entre el optimismo trivial que nos hacía cantar que los Andes “estaban sentados sobre bases de oro”, a la afirmación infundada de que carecemos totalmente de riqueza minera. Uno de nuestros primeros deberes, pues, es procurar formar, a la mayor brevedad, por el Estado, un verdadero mapa geológico del país y un inventario, tan aproximado como se pueda, de nuestra potencialidad minera.

Desde el punto de vista petrolero ya debemos ser más optimistas. Probablemente no llegaremos a producir tanto como Venezuela. Pero parece incuestionable que estamos en camino de aumentar, de modo considerabilísimo, nuestra producción actual, al este y al oeste de la República.

Hasta aquí, pues, desde los puntos de vista agrícola y minero, la zona menos bien dotada de la República es la Interandina. Pero ella tiene un inmenso capital: su clima. De ahí que es la más poblada de las tres.

Calculadas, pues, nuestras posibilidades, creemos que el Ecuador puede servir de asiento para una población futura que exceda de veinte y acaso pueda pasar de treinta millones de habitantes.

En efecto, actualmente, sin que tengamos un censo exacto, calculamos que la población del país excede de tres

millones y medio de habitantes, sin llegar a los cuatro millones; pero es un hecho evidente que la mayor parte del territorio ecuatoriano todavía no está cultivado, explotado, ni poblado; o, al menos, que su población, en el litoral y en el oriente, es considerablemente escasa, en proporción a la superficie y a los recursos de que se puede disponer para el sustento de los habitantes. En cambio, en el callejón interandino, la población es relativamente densa, lo que ha llevado al cultivo agrícola de tierras en declive. Y esto, a su vez, en buena parte, está causando, por la erosión, el empobrecimiento del suelo nacional, un curioso suicidio agrícola, a corto plazo.

Las condiciones de la mayor parte de la población ecuatoriana, especialmente de los campesinos y de las masas obreras, son deplorables. Ultimamente, se ha puesto de relieve la ruina de la población indígena. No obstante, se olvida que es esta población la que, desde antes del descubrimiento de América, mueve prácticamente toda la agricultura y la industria ecuatorianas, trabaja sin estímulo la tierra que no posee y mueve las máquinas de una industria que fundamentalmente no la mejora; a pesar de que el Estado metódicamente la menoscaba, como consecuencia del secular sistema del estanco de aguardientes. No obstante, esa población indígena, alcoholizada y empujada implacablemente al fondo de los abismos que abre la servidumbre, aún así, sigue siendo la fuente primordial de la producción y de la riqueza nacionales.

Pero hay también hechos alentadores que nos prueban que la mayoría del pueblo ecuatoriano, inclusive la mayoría de la población indígena, si se la coloca en mejores condiciones económicas y sociales y se la educa, reacciona y asimila sin excesiva tardanza. Hágase la estadística de los hombres que se han destacado en la República y se verá la proporción considerable que entre ellos ocupan los indios y mestizos; los cuales, casi siempre, tuvieron que luchar más que otras clases afortunadas, para lograr la conquista de una mejor situación económica e intelectual.

Moisés Sáenz, ese ilustre mejicano, tan buen amigo del Ecuador, exagerando la realidad para ponderar las posibilidades de ciertos grupos de indígenas ecuatorianos, me decía: "Si se les diera, alguna vez, a los indios de Otavalo,

medios económicos y culturales suficientes, y libertad verdadera para organizarse y evolucionar a su modo, la República de Otavalo llegaría a ser más adelantada que la República del Ecuador''.

Actualmente estamos juzgando erróneamente la capacidad cívica del pueblo ecuatoriano. Humillado por la desventura externa y el infecundo despotismo interno, nuestro pueblo actualmente no puede hacernos olvidar que fué el mismo de los admirables movimientos nacionalistas de 1843-45, 1859-60, 1882-83, 1910-11 y aún de 1941, cuando la masa cívica ecuatoriana estuvo dispuesta a cumplir su deber hasta el más heroico sacrificio.

En 400 años no hemos podido comunicar a porciones considerables de la República entre ellas, ni a la mayor parte del Ecuador directamente con el mar. La trágica lucha estéril por dar salida al Azuay y Loja por El Oro; a Tungurahua, Cotopaxi y Pichincha por Manabí; a Pichincha, Imbabura y Carchi por Esmeraldas, revela que somos un país descriado. El Estado no ha logrado hacer sentir su eficacia, en la periferia nacional. De ahí una de las causas de la agudización de normales sentimientos localistas y regionalistas. Provincias como Loja, el Azuay, El Oro, Los Ríos, Manabí y Esmeraldas, no han recibido del Estado todo aquello que podían recibir, aún dada la incipiencia de los recursos estatales. No obstante, se advierte un lento y doloroso proceso de integración nacional. Hay más conciencia de ecuatorianidad que hace un siglo.

Un ineluctable determinismo geográfico está acentuando, cada vez más, la bifurcación del tipo humano nacional, en dos tipos regionales. Negarlo sería cerrar los ojos ante una realidad viva. Pero la unidad nacional no se consolidará por una imposible desaparición del tipo y de la virtualidad regionales, en un país de regiones; sino por la equilibrada y equitativa cooperación entre éstas. Felizmente, ambas regiones son económicamente complementarias y unidas las respectivas virtualidades, y engranando su diverso espíritu popular, pueden integrar una agrupación política de indiscutible riqueza psicológica.

Nuestro desarrollo económico ha sido escaso y nuestras finanzas han ido de descalabro en descalabro. Nuestro Presupuesto Estatal, a pesar de la inflación engañadora

y de los impuestos crecientes, es minúsculo, en comparación con el del Perú o el de Colombia. No preparamos aún más extensamente, a pesar de nuestra dolorosa experiencia, una defensa nacional siquiera relativamente eficaz. Sin embargo, el hecho de que se haya formado y conservado nuestra unidad nacional desde antes mismo de la conquista de los españoles; el hecho de que contemos con considerables recursos agrícolas y mineros y con una población creciente que, en determinados momentos, ha sabido mostrarse ejemplar, forma una base que asegura la próspera supervivencia nacional, si los ecuatorianos saben darse Gobiernos, planes y políticas directivos que los conduzcan entre los escollos.

Suiza, Dinamarca, Bélgica, Holanda, Noruega, el Uruguay, Costa Rica, están probando que un país puede sobrevivir y, algo más, desempeñar un papel noble en la Historia, si llega a tener conciencia de su posición en el mundo y actúa digna, lógica y coherentemente.

Acaso el futuro nos traiga constelaciones políticas nuevas, en que las pequeñas entidades nacionales desaparezcan; pero aún dentro de estas nuevas integraciones, siempre quedarán órbitas luminosas para los pueblos que son capaces de seguir una conducta viril e inteligente, aunque no sean ni muy grandes ni muy ricos.

Así, pues, el Ecuador debe prepararse a recorrer la órbita que corresponde a un futuro país que llegará a los veinte o treinta millones de habitantes y con los recursos materiales antes descritos.

Entre el Perú y Colombia

Pero si bien esta síntesis superficial de nuestras posibilidades nacionales nos lleva a una conclusión optimista, no debemos olvidar la presión internacional que inmediatamente nos rodea, la cual pone de relieve nuestra virtualidad exacta.

Un Perú con más de un millón de kilómetros cuadrados de territorio, con ricos recursos mineros; con reservas de tierra, para la producción agrícola, mayores que las nuestras; con población que ahora debe pasar de seis millones; con economía, industria y comercio más adelantados que los nuestros; con un presupuesto nacional mucho mayor y con un organismo defensivo —u ofensivo— que, según los últimos datos que se me ha dado, convierten al Perú en el país con ejército y aviación más equipados que cualquiera de los otros en la costa occidental de Sur-América, aunque su marina sea inferior a la chilena.

Lo que es más digno de observación por nosotros, el ritmo del desarrollo en el Perú, en los últimos 30 o 40 años, ha sido más apresurado que el ritmo del desarrollo ecuatoriano, de manera que la diferencia actual entre los dos Estados, en vez de haber disminuído, ha aumentado.

No obstante, no creo que sea imposible para el Ecuador alterar, en su favor, el ritmo de su desenvolvimiento con respecto al ritmo del progreso del Perú: en efecto, los peruanos en compensación, tienen problemas humanos, regionales, y de clase, más complejos que los ecuatorianos.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Por el norte, ante el Ecuador se proyecta la sombra de una Colombia que ha crecido y ha progresado extraordinariamente, en los últimos 25 años.

Colombia tiene un territorio sólo algo menor que el del Perú y, especialmente, más íntegramente aprovechable que el de aquel Estado; recursos agrícolas iguales o mayores que los peruanos, y posibilidades mineras todavía no determinadas de modo definitivo.

La población colombiana debe exceder ahora de nueve millones de habitantes y en esa nación, modelo de esfuerzo en Sud-América, sin que se hubiese efectuado una revolución social, se observa la paulatina incorporación efectiva del indio, en el extraordinario cauce cívico y democrático nacional colombiano. Lo que no ha ocurrido ni en el Perú, ni en el Ecuador.

Sólido y alto espíritu nacional; conciencia de destino; elevada y coherente política externa; encaminamiento ejemplar hacia la vida verdaderamente democrática; paz civil en que no se ha ahogado la libertad: esto es Colombia. Y, como resultado, un progreso metódico y firme; y una Nación rica, respetable y respetada, que ha hallado su propio camino y que progresa a un ritmo verdaderamente arrollador.

He aquí, externamente, nuestros dos vecinos. Solamente, hemos querido hacer que nos veamos tales como somos, en el ambiente económico, social, político y militar que nos rodea; en comparación con la estatura actual de las dos Repúblicas fronterizas.

El minuto ecuatoriano

No quisiera siquiera mencionarlo. Pero es indispensable fijar un punto de partida.

Rumbo equivocado en nuestra cuestión territorial.

Como no se la ha dado facultades, según el Decreto de su nueva constitución, en 1935, la Junta Consultiva no planea ahora el conjunto de la acción defensiva y externa; no impone medidas; no imprime el rumbo. Así, no puede ser responsable, de lo ocurrido. No puede tomar iniciativas; aunque el Canciller no debe apartarse de sus dictámenes sino por motivos graves. Pero la Junta sólo contesta a preguntas específicas de la Cancillería y nada más.

Sabíamos que la crisis se acercaba y, aunque desde 1940, el Gobierno tenía facultades de emergencia en lo económico y, por lo tanto, podía robustecer la defensa nacional, no se levantaron los fondos suficientes para armarnos, cuando aún era tiempo.

En lo diplomático, diplomáticos y cónsules dieron la voz de alarma repetidamente, y, a pesar de la decidida voluntad de paz que el Ecuador tenía, no se agotaron los medios diplomáticos para evitar el choque.

Se desechó voces de consejo y de prudencia. Se perdió en el aire el grito de alerta que se dió.

Es decir, ni nos preparamos para la guerra, ni hicimos todo lo humanamente posible por evitarla. Y cuando se descargaron sobre nosotros la agresión y la invasión peruanas, no adoptamos la única actitud, desesperada, por cierto, que nos quedaba, para salvar nuestro honor nacional; hundirnos luchando hasta el último.

Un pueblo pacífico y desarmado tiene que hacer esfuerzos desesperados y grandes sacrificios por evitar una guerra desastrosa; pero si ésta se descarga sobre la tierra de sus padres y de sus hijos, no tiene otro camino que sucumbir con honor, como Abisinia y Grecia lo hicieron en su tiempo.

Los ecuatorianos, en sus sangrientas luchas intestinas, supieron siempre morir heroicamente.

El Ecuador había sido siempre país altivo y macho. En la hora crucial de su historia, se le hizo actuar como país hembra.

Así, nosotros, los ecuatorianos, atónitos —sin ser los agresores, porque no fuimos los agresores, ni podíamos serlo porque estábamos desarmados—, no fuimos lo suficientemente hábiles para evitar la ocasión que el Ejército peruano buscaba para agredirnos. Y, como era de esperarse, una vez que obtuvo penetrar en los territorios ecuatorianos, no quiso regresar a su tierra sin el fruto de su fácil victoria, fruto que era un pedazo de nuestra tierra.

En la más triste página de nuestra historia, el Ecuador apareció rendido después de corta batalla, en la que un ejército ecuatoriano pequeño y valeroso, sin víveres, sin armas y sin municiones suficientes, y sin apoyo de aviación, hizo frente a un enemigo que contaba con fuerzas mucho más grandes y provistas y con escuadrillas de aviones.

Limpiemos, pues, el polvo que se ha querido echar sobre la frente del Ejército del Ecuador. Oficiales, Clases y Soldados preparados para la guerra, pelearon como buenos. No podían pelear del mismo modo los reclutas bisoños.

El recuerdo de Ortiz, Molina, Díaz y de muchas sombras heroicas, entre los muertos; el ejemplo de Oliva, Plaza y Zurita —que pelearon y vencieron como hombres en Platanillo y Panupali—, y de otros centenares de oficiales y

soldados, entre los que siguen viviendo con honor: nos prueba que de este pedazo de tierra americana, desfallecido pero no muerto, todavía emana un hálito varonil.

Mas, dominemos el sentimiento que esta tragedia nacional enciende y procuremos abrir el paso a la justicia.

Todo el Ecuador expresó su opinión contra el Protocolo de Río. Pero es muy difícil emitir un juicio definitivo hasta que, a lo largo de los años, los Gobernantes que han tenido la dirección nacional puedan hacer su defensa y relatar a los ecuatorianos la entraña, acaso media escondida a nuestros ojos, de esa tragedia nuestra. Y acaso, entonces, los sucesos, aplacado ya el dolor patriótico, aparezcan en más exactas perspectiva y significación.

No sabemos, a ciencia cierta, por qué se firmó el Tratado de Río. Pero sabemos que fué firmado bajo la presión de la ocupación de una parte de nuestros territorios y bajo la amenaza de un ataque a Guayaquil.

Como creyó, con serena y elevada opinión, la inmensa mayoría de la Delegación ecuatoriana a la Conferencia de Río de Janeiro, ese Tratado no debió ser firmado. Pero si se lo firmó, habría querido el Ecuador que se deje constancia, en el mismo acto, de que solamente se firmaba bajo esa doble presión o amenaza.

Al proceder así, se habría dejado constancia de que ese instrumento internacional era contrario a varios instrumentos internacionales americanos, proclamados por la mayor parte de los países de nuestro Continente.

Como ahora, creo yo que, a propósito de las dificultades para la delimitación, debe dejarse constancia de que el Perú sigue imponiendo su voluntad unilateral contra la nuestra y, si así es del caso, aún contra la letra misma del Tratado.

En materias de política externa, los Gobernantes, a menudo, tienen que sufrir el dolor de callar, aún sintiendo en carne viva los ataques de sus conciudadanos, para no revelar circunstancias que, en un momento dado, no pueden ser

reveladas, porque pueden volverse contra el prestigio o contra los intereses de su propio país. Por otra parte, en ocasiones, por lealtad personal, no pueden señalar la responsabilidad de los superiores jerárquicos o, al contrario, de los subordinados, agentes, y colaboradores. Por ello, ahí va una afirmación que va a chocar contra el sentimiento nacional dominante, pero que hay que decirla, porque es justa:

En este asunto, tanto el Presidente de la República, cuanto el Ministro de Relaciones Exteriores de entonces, deben tener muchas cosas que decir. En todo caso, mi conciencia me manda afirmar que el Dr. Julio Tobar Donoso, en muchas otras ocasiones, dió prueba de vasta cultura, de honradez inmaculada y de elevado patriotismo. Ahora, es una víctima, acaso momentánea, que algún día hablará y salvará, sin duda, su responsabilidad personal, en muchas cosas que nos parecen injustificables.

Dejando a un lado lamentaciones estériles, volvamos los ojos afuera y digamos: Conviene que el Ecuador no olvide esta dolorosa y vergonzosa página de su historia. Tal vez es indispensable que, como aconsejaba un patriota extranjero a sus conciudadanos, pensemos mucho en el Protocolo de Río, pero no hablemos mucho de él por ahora.

El Perú está demasiado fuerte, militarmente hablando, y nosotros estamos demasiado débiles. Los principales Estados americanos son garantes del Protocolo. No aparece, exteriormente, firmado como imposición, sino como acuerdo voluntariamente consentido en pro de la unidad americana.

No están pues diplomáticamente muy despejados los campos para gestionar su modificación, aunque lo justo sería lo contrario y, fundamentalmente, el Protocolo tenga vicio.

Desde luego, esto no desvirtúa la obligación que el Ecuador tiene de estudiar todas las circunstancias, si llega a haber una organización internacional que asegure alguna vez el imperio del Derecho y de la Justicia en las relaciones entre los pueblos, para elevar ante América o ante la Humanidad, una apelación para que se modifique este Tratado inicuo.

No quisiera volver los ojos casa adentro. Pero, ¿cómo no mirar lo que está en el pensamiento de todos, y si de la vida interna depende, en gran parte, nuestra política exte-

rior? Callar sería olvidarse de la tierra nuestra, base fundamental de nuestra vida.

El Ecuador está ahora abrumado de dolor; angustiado con una inflación que siembra el hambre en los hogares pobres; desconcertado ante el torrente mundial, sin plan, brújula, ni remo; temeroso de la represión interna. Pero no ha estado siempre así. Esperemos, pues, que levante la cabeza sobre la adversidad, como en 1859-60; y que halle los caminos de la paz, de la Democracia y del más limpio civismo.

¿Qué está pasando en el mundo?

Pero saquemos nuevamente la cabeza hacia afuera, para no asfixiarnos. Abramos nuestros pulmones a este vapor de sangre creadora que riega el mundo y, nuestros oídos, al gran grito de justicia y de libertad que llena la curva entera del Planeta.

En efecto, nuestra política internacional no puede ser, ni mucho menos, enteramente absorbida por el campo de nuestras angustias en el plano territorial inmediato, ni siquiera por el dilatado panorama americano.

Lo más grande, lo primordial, en la preocupación actual de los hombres, y especialmente de los estadistas, son los signos luminosos que resumen el gran drama humano actual. Sólo los hombres que lo comprenden, tienen derecho a dirigir las Naciones. Sólo las Naciones que trazan su conducta, después de un clarividente interpretar de esta gran erupción en la Historia, pueden sobrevivir, con dignidad, a ella.

De los resultados de este drama, es obvio, pende el porvenir del Mundo. Pero, principalmente, depende el porvenir de los pueblos pequeños, pobres y débiles. Porque los pueblos grandes no están siendo arrastrados, por fuerzas extrañas, sino que se hallan, merced a esfuerzos gigantescos, imprimiendo el rumbo a la corriente. En tanto que nosotros, somos espectadores atónitos de la lucha en que otros deciden no solamente sus propios destinos, sino los nuestros.

No me estoy refiriendo única y exclusivamente a la presente guerra universal que, desde luego, constituye uno de los aspectos mayores del panorama, sino a los grandes hechos que nos permiten tomar el pulso de la Historia en este instante.

¿Qué está pasando afuera?

La agonía del pensamiento liberal clásico

En primer lugar, estamos presenciando la agonía definitiva de la concepción liberal clásica del Mundo. La libertad de pensar, la libertad política de darse el propio Gobierno, la libertad religiosa, la libertad económica individual, etapas importantes del progreso, se han demostrado insuficientes para resolver los grandes problemas humanos y políticos en los siglos XIX y XX.

Al concepto de que el Estado debía limitar su actividad a lo mínimo, se sustituye, lentamente, el concepto social del Derecho y de la Vida. La Democracia y las cuatro libertades de Roosevelt aparecen como necesarias, como indispensables; pero el Estado, justamente para que vivan ellas alguna vez en algunos pueblos y para que sobrevivan, en otros, tiene que intervenir de modo creciente en defensa de las mayorías populares, menos dotadas económicamente.

A la libre determinación de las actividades económicas del individuo, dentro del Estado, y en la política económica internacional de los Estados: sustituye lentamente, en el curso de los 20 últimos años, un sistema en que el Derecho Social limita internamente, dirige o interviene en la actividad económica del individuo; y coordina de modo progresivo, o tiende a coordinar, la actividad económica externa del Estado, cuando ésta se proyecta hacia afuera, en su relación con la actividad de los individuos de otras naciones y de los Gobiernos de los demás Estados.

En unos, como en los Estados que componen la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, o sea en la séptima parte del territorio terrestre, a la agonía del sistema liberal sucede un sistema en que se nacionalizan las fuentes fundamentales de la producción, se eliminan las clases sociales y

se planifica integralmente, totalitariamente, la vida económica de la Nación. La libertad individual naufraga.

En otros Estados, los Gobiernos se abrogan el conjunto de los derechos que daban a los hombres las antiguas garantías individuales y políticas; intervienen totalitariamente en la dirección de la economía nacional interna, sin colectivizarla, y en su proyección externa en el comercio mundial; y coordinan, tensamente, todos los recursos nacionales para proyectar una fuerza unida y densa, en el sentido de la conquista imperialista y de la exclusión racial. Casos típicos: Alemania e Italia.

En otros Estados, como en la Gran Bretaña y en Estados Unidos, siguen consagradas las libertades fundamentales del hombre, las cuales forman la sal de nuestra vida y la más alegre tradición de los fuertes, aunque no de los débiles. Pero también el Estado interviene más y más, en la ordenación interna de la economía nacional y en su proyección exterior. El Estado tiene que intervenir en defensa de la justicia que asiste a las mayorías económicamente débiles, esto es en favor de los grupos explotados por un predominio capitalista reconcentrado. Ejemplo típico de esta nueva dirección: el New-Deal.

No puede, pues, negarse la agonía de la concepción liberal del Mundo y el encaminamiento de las masas humanas, si no a una nueva concepción de justicia social, a una menor injusticia social.

Esto no quiere decir que no haya ya lugar a los partidos liberales. Al contrario, les queda todavía una útil misión histórica, si se transforman valientemente y enderezan la ruta hacia un nuevo sentido social. En ese caso, a pesar de la lenta disminución de la popularidad de los partidos centristas y de la popularidad creciente de los partidos extremos, los partidos liberales tienen, inclusive, posibilidades de sobrevivir en muchos lugares aún como partidos dominantes, si adoptan la función histórica de ser fuerzas de amortiguamiento en el choque entre el pasado y el porvenir y corrientes de paulatino encaminamiento hacia la justicia social.

La lucha de los más contra los menos

En segundo lugar, advertimos, dentro de cada Pueblo el acercarse del grito clamoroso, ascendente, de los más, reivindicando derechos ante los menos.

En todas las naciones, los más —y los más son los que carecen de medios económicos suficientes, de oportunidades suficientes, y de cultura igual a la de los menos—, están pidiendo tierra, higiene, cultura, derechos, protección mayor; seguridad social ante el paro, los accidentes, la vejez y la muerte; control de la agricultura que producen y la industria que mueven; igualdad efectiva de derechos ante el Policía, ante el Juez, ante el Gobernante; respeto a la voluntad política de la mayoría; encaminamiento de las políticas nacionales de manera que éstas tiendan no a la defensa de los intereses de los menos, sino al triunfo de los derechos de los más.

De ahí las nuevas organizaciones sociales y, hasta en los países de predominio de Gobiernos de ideas políticas retardatarias, siquiera las nuevas legislaciones sociales. De ahí este anhelo instintivo de los pueblos hacia la vida democrática.

La guerra que se incendia ante nuestros ojos es, en parte, una consecuencia de esta lucha por la justicia social.

Las mayorías populares comprenden que los intereses de cada clase son iguales y coincidentes con los intereses de las clases sociales idénticas de otros países; como las minorías directivas, identifican sus intereses con las minorías capitalistas de otros países, aunque compitan en los mercados internacionales.

Así, ante la férrea convicción del proletariado y el interés oligárquico en colusión internacional, la frontera ya no es un muro infranqueable que se levanta hasta el cielo. El patriotismo, se entremezcla con el clasismo y, de este modo, mientras por un lado se forman las asociaciones internacionales de trabajadores; por otra, cuajan trustes y carteles capitalistas, que son verdaderamente internacionales también.

Lucha de cada Pueblo por su Independencia

Admiramos también, apasionadamente interesados, la lucha sin cuartel, multiseccular, que siguen lidiando los pueblos para obtener su independencia. Mientras, por otra parte, vemos asimismo, las nuevas formas que el Imperialismo encuentra para prolongar el dominio de unos pueblos sobre otros, mediante un fecundo cambio de nombres o de sistemas que, sabiamente, inventa el sentido de expansión de los pueblos fuertes para extenderse, dominar o explotar a otros.

Colonias, Protectorados, Estados vasallos, Mandatos, esferas de control o de influencia, etc., etc.: sistemas todos que, en el fondo, denotan un pueblo dominante, dirigiendo los destinos, utilizando los recursos, o explotando a otros más débiles.

Colonias como fuimos, sujetos como fuimos de experiencia de una vasta empresa colonial: no podemos aceptar como justo, ni ese sistema, ni ningún otro que implique el dominio y la explotación injustos de un Estado por otro. Débiles como somos, en medio de la lucha gigantesca y resonante de las grandes potencias mundiales, nuestro instinto nos indica que todavía, a pesar de los proclamados progresos de la organización internacional, podemos ser aún víctimas de una colonización más disimulada acaso, pero más integral y más extraña a nuestras propias tendencias.

Desde luego tenemos que admitir que cabe y es conveniente la protección internacional de pueblos más atrasados, por uno o más de los adelantados; pero a nombre de una organización jurídica mundial, para provecho y educación de los protegidos y para que los recursos naturales de que se dispone en el territorio de éstos, pueda entrar en el caudal que impulsa el beneficio común de la Humanidad.

Como quiera que sea, vemos que los pueblos sometidos continúan su resistencia implacable y que muchos de ellos van alzando nuevamente la cabeza. Este es uno de los grandes hechos en el presente stadium mundial. Pueblos de América primero que clamaron y, en su mayoría, obtuvieron, independencia. Pueblos de Europa que, englobados como vasallos en Estados más grandes, lucharon largo pa-

ra obtener su independencia, su autonomía o al menos la posición de asociados iguales dentro de la unidad política pre-existente. Pueblos más avanzados del Imperio Británico que quisieron luego y evolutivamente obtuvieron, el **status** de dominios independientes y de asociados voluntarios iguales al Reino Unido de la Gran Bretaña. Pueblos orientales que se cansaron definitivamente de una dura explotación occidental, construída sobre una superioridad bélica, técnica y mecánica, que no siempre estuvo justificada por superioridad moral y cultural paralela. Lucha heroica y grandiosa de la China para libertarse de las garras occidentales y japonesas. Esfuerzo testarudo de la India, a pesar de sus divisiones de castas, de religión y de idioma, para levantar un gigantesco Estado Nacional. Fina y tenaz acción de los pueblos árabes, del Próximo y Medio Oriente y todo el Norte Africano, para proseguir la espiral de un destino dentro de sus afinidades esenciales e históricas.

En otras palabras, a pesar de que la Fuerza a menudo se ha impuesto durante siglos, sobre el Derecho, cuando éste no se hallaba respaldado por una fuerza igual: se ha acentuado y profundizado, de modo incontenible, la voz de la mayoría de la Humanidad, mayoría avasallada, para entrar en una nueva forma de organización internacional: pero sobre la base de que los Estados sean igualmente respetados, de la independencia de los pueblos pequeños y del sincero respeto a los fundamentales derechos humanos.

Si observamos el fondo y la forma de las grandes emociones y acciones colectivas, en todos los Continentes, encontramos, pues, que todos los pueblos débiles, o, si no débiles, sometidos, avasallados o postergados, llevan una doble lucha para lograr una menor injusticia social adentro y una mayor autonomía, con relación a los de afuera.

Esta realidad no puede sino iluminar las sombras de nuestras inquietudes nacionales. En efecto, la Historia, una vez más, está mostrando, a las grandes Naciones que parecen ser dueñas del Mundo, que la grandeza de ellas, que la prosperidad de ellas, que el Imperio mismo, —en su más sabia, arrogante y totalitaria expresión actual—, no puede construirse sólidamente sobre la dominación de los pueblos débiles y contra la voluntad de éstos; sino más bien con la cooperación voluntaria de las sociedades nacionales.

Revolución de las razas de color

Sociólogos, economistas, internacionalistas nos han hablado, insistentemente, de la futura revolución de las razas de color.

Si observamos la historia de los últimos años desde este ángulo, notaremos que ya estamos en plena revolución de las razas de color.

Este hecho histórico nos afecta directa y profundamente, porque el Ecuador, dígame lo que se quiera, en su mayoría es una nación poblada por razas de color. Aún más, uno de los problemas capitales que tiene que plantearse y resolver, es el de su destino racial y, por lo tanto, el de su política inmigratoria.

La escasa minoría blanca y una pequeña parte de la mayoría mestiza que, entre ambos, dominan y explotan al Ecuador desde hace más de un siglo, no revelan ni resumen las características raciales de la República del Ecuador, poblada por indios, pocos negros, muchos mestizos y pocos blancos. El Ecuador, pues, para las categorías biológicas creadas por las naciones blancas, es una nación de color.

Los blancos de Europa y de Norte América son mucho menos numerosos que el conjunto de amarillos, indúes, negros, y de los indios y mestizos centro y sudamericanos. Pero, además, esos blancos se están matando entre ellos en un tremendo conjunto de guerras sucesivas, mientras, por otro lado, disminuyen, al mismo tiempo, sus índices generales de natalidad, acaso con la excepción rusa, la cual conserva la fuerza vital de su período de expansión inicial. Por otra parte, no hay que olvidar que quizá un mayor número de amarillos, se ha liquidado por acción de los blancos o de otros amarillos; pero, el aumento de población de color en el Mundo es tal, que es mucho mayor que el aumento de la población blanca. En otras palabras, cada año aumenta el exceso de habitantes de color, sobre el de habitantes blancos en este pequeño Planeta.

Al mismo tiempo, las razas de color van conquistando la técnica. El caso del Japón ayer, el de la China, ahora; el de la India, mañana —que, raza aparte, dada su situa-

ción política, no ha formado parte de la oligarquía de naciones blancas— va a cambiar por completo el panorama mundial.

La China ha encontrado al fin una conciencia nacional pujante y está actualmente forjando una unidad poderosa que ocupará, en la post-guerra, un plano tan destacado como el de Estados Unidos o el del Soviet.

Si la India comienza a actuar en la política mundial como Dominio autónomo o como Estado independiente, bien pronto se sentirá el impacto de sus 300 o 400 millones de hombres y de su personalidad extraordinaria, en el conjunto de las relaciones internacionales.

Si se acentúa y sube más sobre la superficie, esta especie de naciente Liga de los Estados Arabes, otra constelación política va a comenzar e influir profundamente en los destinos humanos.

En los Estados Unidos mismos, cuya política racial, o más bien dicho cuya actitud interna hacia sus propios negros, inquieta y desconcierta a los sudamericanos negros, indios o mestizos; en los Estados Unidos mismos digo, la población negra adquiere una solidaridad racial cada vez mayor y mayor conciencia de sus derechos democráticos.

En esta etapa de la Historia parece haber una vergonzosa competencia en Sudamérica, para saber quién dice cosas más aduladoras para los Estados Unidos. Nosotros, no obstante, por lo mismo que somos sinceros amigos de los Estados Unidos, debemos tener la franqueza suficiente para decir que mal podemos aspirar a influir, ni querer entrometernos en sus asuntos domésticos; pero que nos inquieta de modo muy serio su actitud hacia los negros norteamericanos. En efecto, nosotros, sudamericanos, también tenemos muchos negros e indios y mestizos. Y si, lentamente, estamos formando con la América del Norte, una asociación política innominada pero cada vez más real, que abarca a todo el Continente, nos preguntamos qué clase de consideraciones y de sentimientos va a guardar, en esa asociación, el pueblo norteamericano para nuestros pueblos de color, si guarda esa conducta para la gente de color de su propio país.

Si queremos ser Democracias y proclamamos la libertad e igualdad de los hombres, no cabe que neguemos igual-

dad de derechos a otros seres humanos, por el hecho de ser de otro color. En otras palabras, o modificamos nuestros prejuicios raciales; o contradecimos fundamentalmente nuestra profesión de fé democrática.

Cosa idéntica, totalmente idéntica, tenemos que grabarnos con letras de fuego en nuestra propia frente, nosotros, ecuatorianos, al considerar la situación de nuestros indios.

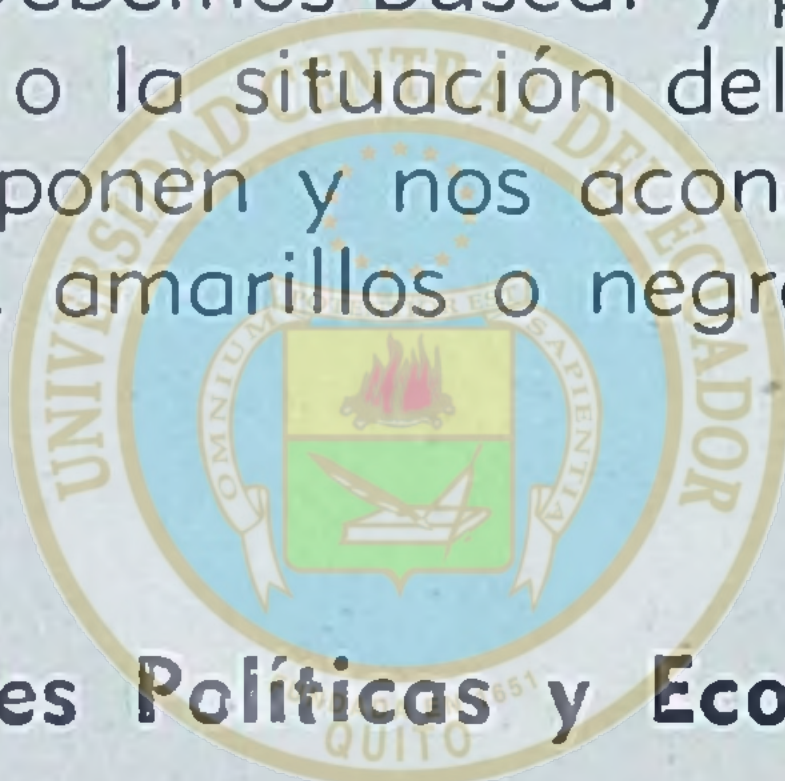
Al mismo tiempo que miramos, entre contentos, sorprendidos y esperanzados, este crecimiento veloz de los vínculos panamericanos, despertamos cada día con la convicción mayor de que ante nuestros mismos ojos se está forjando una entidad política y económica nueva, que no cabe enmarcar ni definirse en los moldes rígidos o clásicos del Derecho Internacional Público del pasado; pero que es una realidad viviente. Nos damos cuenta, pues, de que cada vez formamos más y más parte de un sistema político nuevo. Pero al mismo tiempo nos preguntamos qué es lo que vamos a hacer, a dar y a recibir, en este mundo del futuro que ahora se diseña? Y entonces, antes que a ningún otro punto del planeta, instintivamente volvemos los ojos a Puerto Rico y nos preguntamos ¿cómo ese Estado, que ha formado parte o ha dependido de los Estados Unidos, no ha encontrado un mayor progreso económico-social, y, justamente, en la actualidad, pasa por uno de los momentos más duros de su historia, a tal punto que llega a conmover al Congreso y a la opinión pública de los Estados Unidos?

Y, en tal caso, tenemos que decir, con toda franqueza, al pueblo de la gran República del Norte, que es de desear que se hagan todos los esfuerzos imaginables para crear una situación que permita el progreso y la felicidad de los portorriqueños, en una u otra forma; no solamente por equidad esencial, sino porque de ese ejemplo no pueden menos que estar pendientes más de 100 millones de hombres iberoamericanos.

Revolución de las razas de color. Y en consecuencia, en el futuro, si tres unidades políticas dirigidas por hombres blancos —Estados Unidos, Rusia y el Imperio Británico— van a estar en la dirección suprema de los negocios del mundo, también van a cooperar en esa directiva pueblos de color, o al menos no arios.

Para el Ecuador, con tierras colonizables de clima tropical, en las que más que el blanco se asienta fácilmente el hombre de color; para el Ecuador, sobre la ribera del Pacífico, en la gran avenida por la que los hombres de color se extenderán hacia el resto del mundo, el nuevo equilibrio interracial que se avecina, puede tener importancia crucial.

Para comenzar, el Ecuador va a tener que preguntarse, sin prejuicio alguno, desdeñando el prejuicio instintivo de sus blancos, qué destino racial le está esperando o debe buscar. Y el destino racial del Ecuador, como es inverosímil que dependa solamente del desarrollo biológico de su propia población, provendrá, en gran parte, de la renovación de la población ecuatoriana, mediante nuevas corrientes inmigratorias. En consecuencia, esta pregunta equivale a la siguiente: ¿Debemos buscar y podemos encontrar colonizadores blancos; o la situación del Mundo, el Clima y la Geografía, nos imponen y nos aconsejan que busquemos pobladores indúes, amarillos o negros?



Integración de Unidades Políticas y Económicas Mayores.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Desde la época feudal, que significó una verdadera atomización política, el Mundo ha presenciado la lenta formación de unidades económicas y políticas mayores.

Las nuevas necesidades sociales; la universalidad de las ideas y de la técnica; el aumento de las comunicaciones y relaciones económicas entre los pueblos; las necesidades de materias primas y de mercados requeridos por la gran industria, forman, con innumerables otros factores, elementos que contribuyen a la lenta pero ineluctable formación de unidades económicas y luego políticas, con base espacial cada vez mayor.

La base territorial suficiente, esto es, en que pueden encontrarse el recurso natural, la población y el mercado, para cerrar un ciclo económico completo, sobrepasa la base territorial demarcada por la antigua frontera política de la Nación-Estado y busca, de diferentes modos, en diferentes lugares y diferentes épocas, la cristalización de un nue-

vo conjunto sobre una base territorial mayor, en que la frontera política tienda a confundirse con la real frontera económica.

Austria-Hungría en su tiempo, representó una tendencia en ese sentido; este implacable acercamiento de los destinos del Canadá y de los Estados Unidos; la Unión de las Repúblicas Soviéticas; el esfuerzo titánico para construir una unidad económica con la base multiterritorial del Imperio Británico; la lucha secular por organizar económicamente a Europa, en nuevos órdenes económicos y políticos, o siquiera el sueño no bien muerto, de la Mittel-Europa, son una prueba de mi aserto.

Si volvemos los ojos a nuestro propio mundo hispanoamericano —no obstante que durante siglos España no trató de desarrollar nuestro comercio mutuo y a pesar del hecho de que muchas de nuestras Repúblicas son económicamente competidoras y no complementarias—, advertiremos esfuerzos diversos para ampliar, por lo menos, la frontera económica. Recuérdese, por ejemplo, la proposición pendiente para suprimir la frontera económica entre Chile y la Argentina.

Y si observamos el mundo Panamericano, veremos como se cierran, en los últimos 30 años, rápidamente, los lazos económicos y políticos entre la mayor parte de las Repúblicas ibero-americanas y los Estados Unidos.

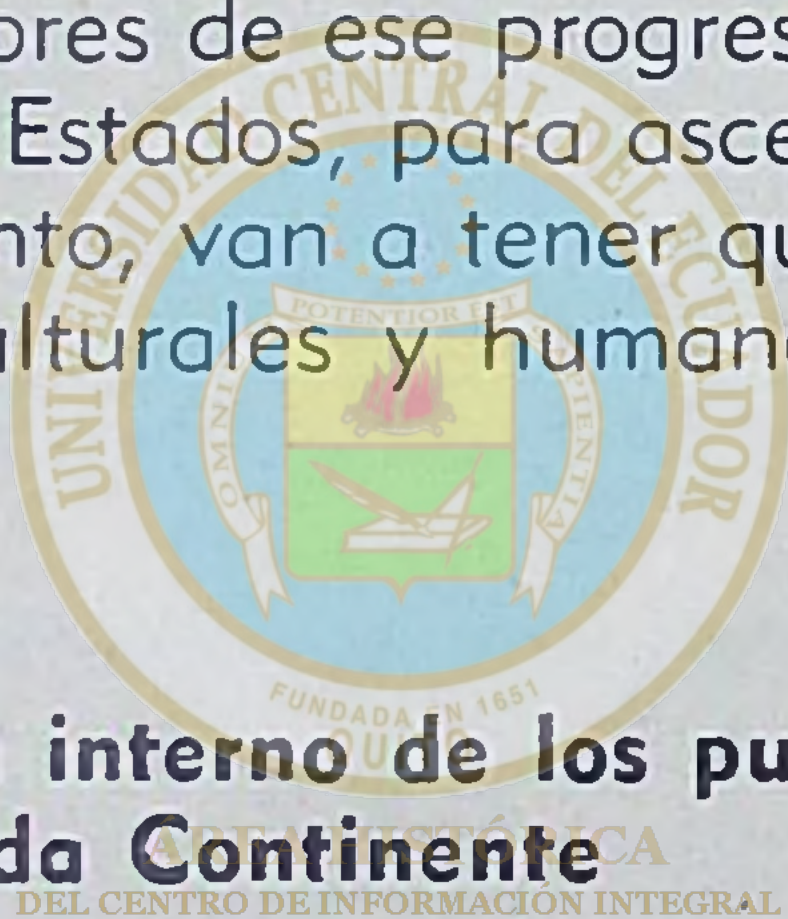
Esto nos lleva a la conclusión de que, en el Mundo del mañana, todas las naciones, pero especialmente las naciones pequeñas, van ineluctablemente a formar parte de constelaciones políticas y económicas internacionales.

La cuestión consiste en saber si en este deslizarse incontenible hacia la integración de unidades mayores, va, a la postre, a naufragar definitivamente sólo la ilimitada independencia externa; o si también nuestra autonomía; o si, acaso, en la asociación multiestatal del porvenir, hay espacio y oportunidad para nuevas Suizas ejemplares.

La historia gloriosa y el destino luminosamente humanitario de Suiza, es un ejemplo admirable para los países débiles. Pero nos preguntamos, si el Mundo va a respetar mañana, a otros países pequeños que no sean Suizas y si no conviene a estos países pequeños buscar voluntariamente asociaciones regionales o continentales mayores.

Los geopolíticos alemanes, exagerando acaso el determinismo geográfico, afirmando que la historia no es sino la geografía en movimiento, y creando "una idea del mundo" en la que la expansión despiadada y sin freno de los pueblos fuertes es ineludible, la lucha inevitable y el espacio vital derecho irrenunciable y deber fundamental: no se apartan de la verdad cuando afirman que los grandes Estados del presente y del mañana necesitan masas territoriales extensas, en las que una poderosa reconcentración de recursos naturales, de mercados internos, de grandes grupos humanos y de una metodización total, den la base de poder y de progreso, en un mundo en el cual la cómoda supervivencia parece más y más destinada a las entidades políticas más amplias.

Analícese el progreso de los Estados Unidos y de Rusia o interprétese los factores de ese progreso, y se llegará a la conclusión de que los Estados, para ascender a igual grado de riqueza y de adelanto, van a tener que combinar sus recursos económicos, culturales y humanos en forma progresiva.



Progreso del ensamble interno de los pueblos y recursos en cada Continente

En Europa.

Múltiples factores, y entre ellos los ya mencionados— de lucha interna en cada pueblo por la justicia social, de lucha por la independencia nacional, de lucha por la igualdad racial, de lucha por la integración de unidades económicas y políticas mayores— están operando, con rapidísimo progreso, en la reconstrucción, reagrupación, y en la búsqueda de nuevas alineaciones de poder —equilibrantes o desequilibrantes— dentro de cada Continente.

Con esta idea miremos por un instante a Europa. Esta península gloriosa, con cientos de millones de blancos, desde hace tiempo se debate por encontrar la fórmula que le haga deponer una tradición de choques internos multiseculares y le permita encontrar una cooperación moral y económica mutuamente ventajosa. Alianzas de los Príncipes

Cristianos; Sacro Imperio Germánico; Liga de Estados, soñada por Enrique de Navarra; Nuevo Orden Napoleónico de hegemonía francesa; Santa Alinaza Cristiana y reaccionaria; Sociedad de Naciones inspirada por el gran estadista Wilson; Mittel-Europa; Estados Unidos de Europa, soñados por Briand; Nuevo Orden de Hitler. En el fondo, todos estos múltiples intentos, que se repiten a lo largo de los siglos, animados unos por un noble ideal humanitario e igualitario; inspirados otros, por un desmedido anhelo hegemónico; todos, desde cierto aspecto, buscan la organización global de Europa, de modo que, combinando sus tierras, sus recursos, sus hombres y su técnica, esa península siga desempeñando el mismo rol primordial que ha desempeñado en los últimos 2.000 años.

Ya se advierte desde ahora que, en una u otra forma —según el grado en que se combinen las voluntades y los intereses de las potencias mayores entre las Naciones Unidas, y la medida en que la voluntad de los pueblos europeos actualmente subyugados o desarmados pueda hacerse sentir—, digo que ya se advierte que vamos a presenciar una reorganización de Europa en la post-guerra, que abarque el todo o la mayor parte de la Europa Central y Occidental.

Federaciones, Uniones Políticas, Grupos Regionales, Ligas Continentales: pero, por alguna parte, va a desembocar, en el panorama mundial de la post-guerra y mayormente unificada, una parte de la Europa dividida de la ante-guerra.

El despertar del hombre y de la masa territorial asiáticos

Si volvemos la vista al Asia, el fenómeno es aún más mejestuoso.

La formación de la unidad nacional China, totalmente independiente, y en igualdad completa con las grandes potencias del Occidente; el desplazamiento de una gran parte de la industria China hacia regiones de esa inmensa Repú-

blica que estaban como olvidadas hasta hace poco tiempo: nos aseguran que, a la vuelta de la paz, más de 250 millones de chinos, miembros de una nación verdaderamente engranada en una gran unidad, van a contribuir a que se cambie por completo el panorama del Continente asiático y del Océano Pacífico en la segunda mitad de este siglo.

Para no aventurarnos en lo que puede ser la India independiente, o con el status de Dominio autónomo dentro del Imperio Británico, presintamos desde ahora, la inmensa zona de agitación y de sorpresa que constituirán los países que van desde Afganistan, Persia, el Mar de Omán y la entrada oriental del Mar Rojo, hasta el Mediterráneo, incluyendo Siria, Palestina y Egipto; territorios éstos de una misma religión predominante, de consciencia colectiva creciente, de anhelo de independencia cada vez más hondo, y en los que, no obstante, convergen, por el petróleo y por las posesiones geográficas-estratégicas, y acaso se rozan penosamente, la zona de irradiación de la influencia soviética, los intereses británicos y los crecientes intereses norteamericanos.

Pero no podemos pasar por alto la formidable ensambladura, dentro del cuerpo gigantesco de la Unión Soviética, de todas las Repúblicas Siberianas de esa Unión, por la cultura y el sentido nacional crecientes; por la creación de grandes industrias rusas al Este de los Urales; por la utilización progresiva de los vastos recursos siberianos; por la lucha tenaz para la apertura de comunicaciones aéreas y marítimas soviéticas por el norte de Siberia, rodeando el Círculo Ártico; por el crecimiento pasmoso de ciudades que hace 30 años no existían en el mapa y de combinas industriales que el mundo no esperaba.

Basta la enunciación superficial de estos pocos grandes hechos geográficos e históricos, para que deduzcamos que el Continente Asiático se vitaliza interna y totalmente por primera vez y que va a hacer sentir de modo incontrastable su presencia en el Mundo. El Imperio Mongólico, en efecto, no estaba articulado como el Asia de hoy.

En América

También América está adquiriendo una vertebración nueva, al arrastrar inconteniblemente el coloso yanqui, a su órbita poderosa, a las demás naciones de este Continente. Vemos a los Estados Unidos, en el decurso de este Siglo, llegar a constituir la primera nación del Mundo. La vemos combinar crecientemente sus recursos con los del Canadá y Alaska y convertirse en el factor principal de las inversiones extranjeras, del comercio y de las industrias en todos los demás países iberoamericanos, hasta la zona amazónica inclusive.

Los países americanos del Sud-Atlántico, —como el sur del Brasil, Uruguay y la Argentina— y en parte Chile, en el Pacífico, encontraron sus mercados principales en Europa. Pero entre los países tropicales del Caribe y del norte de la América del Sur, el comprador y el proveedor principal, el capitalista, el técnico, el gran industrial, ha sido la República Norteamericana.

Por lo demás, esto era inevitable.

Pocos años después de la primera Guerra Mundial, señalé al Gobierno ecuatoriano la repercusión que iba a tener en los mercados europeos, para nuestros artículos tropicales, la aceptación creciente, por Europa, de la producción similar que venía en cantidades cada vez mayores de los imperios coloniales de la Gran Bretaña, Francia, Holanda y Bélgica. Como consecuencia de esta corriente comercial, políticamente dirigida, los mercados europeos fueron haciéndose más y más difíciles o más y más geográficamente reducidos, para nuestra producción tropical; pero, en cambio, una parte más y más considerable de dicha producción, fué absorbida por los Estados Unidos, cuya economía, por felicidad, se complementa con la de los países de la América Tropical.

Empero, al mismo tiempo, por ser nuestro principal comprador y vendedor, se acentuó de modo incontrastable la influencia de los Estados Unidos en la América Tropical. A tal punto, que ahora, cerrados como están los demás mercados mundiales, nuestro comercio exterior se hace casi exclusivamente con los Estados Unidos y estamos dependien-

do, para la provisión de artículos industrializados indispensables, de modo creciente, de ese gran País.

Desplazamiento a otras latitudes de algunos de los centros hegemónicos del Mundo y el nuevo mapa mundial.

La Península Europea, empequeñecida ante el crecimiento poderoso de los Estados Unidos y del Soviet, en particular, de América en general y de la resurrección del Asia, ha dejado de ser el centro de gravedad de la política y de la economía mundiales.

Los centros de gravitación política mundial, ya no se concentran en el cuadrilátero Londres—París—Berlín—Roma, sino que se han diversificado entre Washington—Moscú—Londres—Cámberra y Chunking. No mencionamos Tokio, porque esperamos que pierda influencia después de la derrota.

Por otra parte, el progreso del transporte aéreo va desplazando las rutas comerciales del Mundo hacia el Norte. El Polo Norte mismo o sus vecindades, se van a convertir, en breve, en una gran encrucijada del comercio, de la estrategia y de las corrientes políticas mundiales. La hora suprema de Río, Buenos Aires, Cámberra y Cape-Town vendrá sólo algo más tarde.

Los geógrafos y cartógrafos, ahora, liberándose de la concepción cartográfica de Mercator, ya no van a dejar el centro de los mapas en la línea ecuatorial, sino mucho más arriba, en una línea que aproximadamente pasa por Chunking, Nueva Orleans y Agadir. Así, la apertura creciente de vías de navegación, marítima y aérea por el Norte, por donde la comunicación de los grandes centros económicos resulta más corta por el aire, deja a los pueblos ecuatoriales y australes un poco afuera del centro de la gran red futura del comercio y la navegación del Mundo.

En tal virtud, entre otras muchas consecuencias, el Ecuador debe advertir el hecho probable de que, sin que se suspenda la influencia económica y cultural de Europa, nuevas irradiaciones de influencia y de intercambio econó-

mico, van a surgir incontrastablemente de los nuevos centros de gravitación política.

Además, conquistada la igualdad por los 400 millones de chinos, ya no va a ser posible cerrar herméticamente —y sobre todo, humillantemente— las puertas de la inmigración china, cuyos excesos de población tienen que buscar de manera forzosa el equilibrio, siquiera en una parte de Sur-América, "Continente por poblarse".

Por último, nuestros pueblos, si bien van a estar, en cierto modo, alejados de las nuevas redes de intercomunicación mundial; van, empero, a contar con mayores comunicaciones y a presenciar el incremento del comercio del Pacífico. Pero tienen que buscar y crear una política de comunicaciones internacionales que les permita vincularse con las nuevas redes transpacíficas, trasatlánticas y panamericanas.

La extensión de la navegación aérea, va a agudizar, de modo extraordinario, la rivalidad por el predominio del aire y la lucha por la libertad del aire; como durante siglos ha habido una lucha por la libertad y el predominio del mar: a no ser que se logre el acuerdo entre las Potencias de mayor poder aéreo.

Desde este punto de vista, el Ecuador, escala para la navegación aérea transamazónica y panamericana, poseedor de una amplia costa continental sobre el Pacífico y de las islas de Galápagos, escalas importantísimas en la navegación transpacífica, va también a tener que trazarse una política de navegación aérea y de comunicaciones intercontinentales; si no para crear sus propias empresas de navegación, por lo menos para sacar las mayores ventajas posibles de las que crucen por su aire, aterricen en su suelo, o toquen en sus puertos.

Desde este punto de vista, desde ahora puede enunciarse la conclusión obvia de que el monopolio no conviene a los pequeños países. La competencia entre diferentes compañías internacionales les da un mejor servicio.

Recordemos, por ejemplo, cómo los acuerdos de las Compañías de Vapores que atravesaban el Canal de Panamá, levantaban exageradamente los fletes y ponían gravísimas trabas, por lo mismo, a nuestro comercio legítimo.

Los Estados Unidos, Leader del Continente Americano

Asentando firmes las plantas en un realismo inevitable, colocándonos dentro de la relatividad de la situación y de las conveniencias de las relaciones entre los Estados, tenemos que celebrar francamente que el liderismo continental lo ejerzan los Estados Unidos y no alguna Potencia extracontinental. Imaginaos nuestra vida con el Japón o Alemania colocados al Norte de América.

Por mi parte, soy y he sido partidario decidido de incrementar las relaciones con los Estados Unidos. Veamos, en efecto, cuáles son las otras posibilidades reales que nos quedarían, de no aceptarse esta política.

Nosotros, los ecuatorianos, aunque quisiéramos, no podemos ser partidarios del Nazismo.

No podemos serlo, porque el Nazismo proclama la supremacía de la raza Aria y el dominio de las demás por ésta; y la mayoría ecuatoriana, como ya se ha dicho, no es aria. No podemos serlo, porque el Nazismo, en la práctica histórica y en su propia filosofía, niega el derecho a la existencia independiente de los pueblos débiles, y nosotros constituimos un pueblo débil. No podemos serlo, porque el Nazismo niega el derecho a la cultura y la industrialización de los pueblos de color y de economía de tipo colonial, y nosotros somos un Estado compuesto por una mayoría de color y de economía de tipo colonial.

Los Estados débiles necesitan confiar en los Acuerdos internacionales que hacen, en la santidad de los Tratados libremente consentidos y no impuestos por la fuerza y la amenaza, y el Nazismo violó su palabra cuando incorporó a Austria, cuando exigió la incorporación de los territorios ocupados por los Sudetes en Checoslovaquia, cuando invadió después el resto de Checoslovaquia, cuando atacó a Bélgica y Holanda, cuando impuso su fuerza sobre Dinamarca, cuando tomó Noruega y cuando atacó a Rusia. E impuso una serie de Tratados por la fuerza y la amenaza, como el Acuerdo de Munich.

Tampoco podemos ser partidarios de los Japoneses, porque pertenecen a una raza y a una civilización impenetra-

bles, completamente exóticas a nuestras tradiciones e instituciones, que a pesar de tener con China ciertas afinidades raciales, han sido los dominadores más sanguinarios y se han demostrado maestros en la explotación de los pueblos conquistados; porque, como los alemanes, han violado la palabra empeñada y la han violado de modo nunca igualado en los anales de la civilización contemporánea.

En cambio, si revisamos la historia de nuestras relaciones con los Estados Unidos, recordaremos que jamás han interpuesto ni su sombra gigantesca en nuestro pequeño sendero ecuatoriano, ni han tratado de intervenir en nuestra política interna, ni nos han tratado de imponer sus desig-nios económicos o políticos.

Una vez, en noble gesto quijotesco que nos honra, a pesar del afecto que sentíamos y sentimos por el pueblo panameño, protestamos contra los Estados Unidos cuando Teodoro Roosevelt "tomó" Panamá, según su propia expresión, porque siempre hemos sostenido el derecho de los pueblos débiles, y, en ese caso, estaba herido el derecho de nuestra hermana Colombia. Nuestra actitud era tanto más meritoria, cuanto que la apertura del Canal de Panamá, que quedaba asegurada en manos norteamericanas, nos beneficiaba quizá más que a ningún otro país de Sud-América, porque ninguno estaba más alejado de los centros comerciales europeos que el Ecuador, antes de la apertura de dicho Canal.

Nosotros, tomando la bandera que el Presidente Roosevelt la enarboló tan audazmente, como es natural, tenemos que sostener y sostendremos, el principio de la no intervención en los asuntos internos de otros Estados. Al menos mientras a las 21 Repúblicas Americanas actuales no sustituya una organización política nueva y reglamentada, que defina deberes y derechos de cada miembro panamericano y las funciones y atribuciones de Panamérica.

Fue la intervención americana, antes que otra cosa, la que creó, en el pasado, no con nosotros, motivos de fricción entre diversas Repúblicas de este Continente y los Estados Unidos. Pero tengo para mí que ni los Estados Unidos necesitan intervenir para alcanzar plenamente sus fines nacionales e internacionales; ni recurrirán de nuevo a esta medida. Déjese a nuestros pueblos el derecho de darse los Go-

biernos que a bien tengan; déjeseles aún el supremo derecho a equivocarse en las decisiones de su política; estimúlese la constitución, en toda la América India, sin llegar a la intervención, de Gobiernos de raigambre netamente popular; apóyeseles, más que a los demás, económica y moralmente, a los Gobiernos que representan la verdadera opinión nacional de su país: y florecerá cada vez más lozana, una amistad panamericana progresivamente cordial y confiada, y una cooperación crecientemente sólida entre los diversos Estados del Sur, Centro y Norte América.

En este instante los Estados Unidos, poseedores de una enorme maquinaria económica y militar y de un inmenso capital humano, podrían dictar su ley en una gran parte del Mundo, y , con mayor razón, entre los desamparados, desarmados y desunidos Estados ibero-americanos. Pero, dado el noble idealismo de las repetidas declaraciones del Presidente Roosevelt y otros estadistas norteamericanos responsables, creo que podemos estar seguros de que no recurrirán a este medio inútil y contraproducente, porque, además, ni necesitan hacer uso de él y más les conviene seguir conquistando, como hasta ahora, la cooperación voluntaria e irrestricta de las demás naciones de este Continente. Intervenir en los asuntos internos de Ibero-américa, imponerse acaso por la fuerza en un momento de vehemencia, no significaría sin duda, para los Estados Unidos, grandes obstáculos materiales que vencer; pero les significaría la pérdida de una batalla sentimental en la mente de más de 120 millones de hombres que pueblan este Continente, desde Méjico hasta el Cabo de Hornos.

Disipemos, pues, temores suspicaces, en las almas que se aferran inútilmente al recuerdo de peligros ya pasados. Recordemos más bien que, si es cierto que la Doctrina Monroe, desde algún punto de vista implicaba, acaso, indirectamente, la constitución eventual, para los Estados Unidos, de una zona de influencia continental; que si también es verdad que esa Doctrina Monroe no pudo preservar totalmente la intervención arrogante europea en determinados momentos del siglo XIX: tan pronto como los Estados Unidos consolidaron mejor su unidad y fortaleza, después de la Guerra de Secesión y , más aún, posteriormente, cuando asomaron su cabeza en el panorama mundial, a principios de este

siglo, la Doctrina Monroe se constituyó en garantía de independencia para las demás Repúblicas de este Hemisferio, querámoslo reconocer o nó.

En el curso de los últimos años, la verborrea pseudo-democrática de nuestros dictadorzuelos iberoamericanos, proclamando la falsa Democracia y su amistad para los Estados Unidos, y consolidando su posición de opresión y anti-democracia internas merced al apoyo económico de la democracia norteamericana, ha hecho dudar a muchos iberoamericanos acerca del fondo verdadero de las relaciones entre Estados Unidos y las Repúblicas de habla española y portuguesa. Pero, para ser justos, no olvidemos que los Estados Unidos, habiendo presenciado la lastimosa, interminable y grotesca procesión de nuestros disturbios intestinos, durante más de un siglo, no podían confiar instantáneamente, en que de modo súbito íbamos a darnos Gobiernos auténticamente democráticos en toda Iberoamérica, y, lo que es más aún, en que iban a durar esos Gobiernos. Por otra parte, procuremos adivinar los puntos de vista de ellos y su posición y necesidades urgentes de guerra. Es incuestionable, con este antecedente, que los Estados Unidos tienen que desear que, en este momento, no haya grandes sacudidas sociales y políticas, para que éstas no perturben su supremo esfuerzo para ganar la guerra, porque esas sacudidas inclusive podrían alterar el suministro de materias esenciales para el esfuerzo bélico o crear nuevas preocupaciones o fisuras en el bloque pro-Naciones Unidas ahora formado con el conjunto de las Repúblicas Americanas.

Por lo demás, a veces, pedimos demasiado de la amistad de los Estados Unidos hacia los demás Estados de este Continente. Creemos y queremos que sean los Estados Unidos los que deban mirar por nuestros intereses nacionales, antes que por los de ellos; cuando la realidad de los hechos es que somos nosotros los que debemos, noble, franca y amistosamente, defender nuestros intereses en nuestras transacciones económicas, financieras y políticas con los Estados Unidos. País fuerte, expansivo, generoso e idealista— aunque el conocimiento superficial de él sostenga lo contrario— más que la actitud hipócrita del sirviente halagüeño y lisonjero, tiene que preferir la actitud amistosa, pero fran-

ca, digna y lógica, del asociado modesto, pequeño y débil, pero consciente de su dignidad y destino nacionales.

Prosiguiendo en este orden de ideas, tengo para mí que la presencia imponente de los Estados Unidos en el Norte de América, nos ha salvado a los del Centro y el Sur de este Continente, de caer en un nuevo coloniaje más despiadado, desde que se produjeron las unidades nacionales de Alemania e Italia y la expansión imperial del Japón. En varios documentos he sostenido esto desde hace años y, escrita ya esta Conferencia, leo ideas parecidas, en esto y en la corriente Gran Colombianista, en una interview hecha por la Associated Press al Sr. Dr. José María Velasco Ibarra, en Bogotá.

En efecto, ¿hubiese sido verosímil que Alemania e Italia hubiesen ido a chocar con los intereses imperiales de Francia y de Inglaterra desde el último cuarto del siglo pasado; y con esos intereses y la posición fortísima de Rusia en el presente siglo, si la costa atlántica, desde el Caribe hasta el Cabo de Hornos, en la América del Sur, se hubiese abierto desamparada, o al menos muy desigualmente armada e insuficientemente defendida, a su inmigración, comercio o influencia política primeramente, y a la acción de las escuadras y ejércitos alemanes e italianos después? ¿No les habría sido más fácil conquistar un inmenso imperio colonial en la América del Sur, que guerrear por una parte de las esferas de influencia colonial de Inglaterra y de Francia? Y nosotros, los pueblos del lado del Pacífico, con territorios ligeramente poblados y grandes recursos naturales inexplorados, tenemos que preguntarnos si el Japón no hubiese preferido anclar sus barcos y enviar sus obreros y soldados a todo lo largo de la costa occidental de Sud América, en lugar de luchar por el control de los territorios densamente poblados de China y de Manchuria, embarcándose primero en una guerra con Rusia, a comienzos de este Siglo, y en una agotadora guerra con China después.

No olvidemos, en efecto, que las salidas geográficas naturales para los excesos de población de China y del Japón, han constituido y siguen constituyendo, Australia, algunas otras islas del Pacífico y la parte occidental de la América del Sur. Pero en Australia se erguía defensivamente el poder marítimo inglés. Mas, en Sud-América, sin el lar-

go brazo de la armada norteamericana, nada hubiese podido interponerse entre la infiltración japonesa primeramente y la conquista política inmediata.

Mi afirmación, podría acaso rozar el orgullo nacional de algunos prósperos Estados sudamericanos, que se sienten, al menos ahora, capaces de defender por ellos solos su propia soberanía, sin apoyo externo alguno. No obstante, dudo de que hace 30 años, algún Estado sudamericano o alguna combinación de Estados sudamericanos, hubiesen podido oponerse victoriosamente, a la fuerza militar de Alemania o del Japón, ¡hace 30 años, cuando ya la máquina militar sobrepujaba al esfuerzo del valor humano sin arma equivalente!

Así, pues, los Estados Unidos, unidos y fuertes al Norte, con su presencia imponente, preservaron la conservación de la independencia de los Estados desunidos y débiles del Centro y del Sur.

La fuerza y realidad económica y política del Panamericanismo, base de la política internacional de los Estados de la América tropical.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Repito que cuando se trata de examinar tanto el panorama cercano, cuanto el más dilatado que rodea a la propia Patria, para sólo deducir la política exterior conveniente después de analizar la realidad circundante, tenemos que guiarnos no por aquellos sueños que nosotros quisiéramos que fueren verdaderos; no por las cosas tales como nosotros creemos que debían ser; no por la rectitud intrínseca del hombre que anhela que los problemas humanos, individuales y colectivos, tengan soluciones de Justicia y Libertad: Nó! El estudioso de la política exterior, cuando medita sobre la de su país, tiene que ceñir, muy a menudo, su pensamiento, al freno de hierro de una realidad todopoderosa.

Por ejemplo, cuando pensamos en las relaciones entre las diferentes Repúblicas de este Continente, desde luego que el anhelo unánime de los pueblos iberoamericanos se definiría diciendo que consiste en la creación de una pode-

rosa unidad de los pueblos de habla española y portuguesa, que combine sus recursos y sus pensamientos y constituya una Entidad de fuerza y respetabilidad considerables en la armoniosa y sólida coordinación panamericana primeramente y, después, en el conjunto mundial.

En efecto, una sola unidad política iberoamericana, o una federación o asociación integral y sólida que respete las actuales unidades políticas iberoamericanas, constituiría una potencia sumamente fuerte, con más de 120 millones de habitantes, con recursos naturales de toda índole y con ventanas amplísimas al Pacífico y al Atlántico.

Pero la realidad es otra y trataremos de, siquiera, rozarla, brevemente.

La verdad actual es que el Mundo está dominado, al presente, por tres o cuatro grandes Potencias que no pueden menos que arrastrar a su arbitrio a la cohorte de todas las demás. En el Continente Americano, la Potencia hegemónica son los Estados Unidos. Es, pues, dentro de esta realidad que debemos movernos y sin perderla de vista.

Felizmente son los Estados Unidos y no otra Potencia —ya que la realidad es, querámoslo o no, que hay una gran Potencia en este Continente, mucho más fuerte que las demás—. Digo felizmente porque, como he expresado antes, la presencia de esa gran República, ha alejado en los últimos 50 años serios peligros extracontinentales de nuestras playas, y, al mismo tiempo, no nos ha impedido conservar nuestra libertad. Al contrario, si examinamos el proceso de la historia cubana, vemos que se ha ido afianzando la independencia de todos nuestros países, y más aún desde 1933, en que los Estados Unidos aceptaron el principio de la no intervención en los asuntos internos de otros Estados.

Pero el hecho real, de ser los Estados Unidos una de las grandes Potencias mundiales, amigo de todos los países ibero-americanos, y el principal de nuestros clientes, comprador y vendedor, prestamista e industrial, y el mercado más apropiado para la producción tropical iberoamericana, conduce a la mayor parte de nuestras Repúblicas al plano en que su política internacional, por convicción y conveniencia, tiene que seguir actualmente la política panamericanista. No porque los Estados Unidos se lo impongan, sino porque la corriente de los hechos geográficos, económicos, estratégicos y financieros, es incontrastable.

Ni siquiera constituye salida suficiente para nuestra producción tropical la zona templada más meridional de Sud América, porque las necesidades de argentinos, uruguayos y chilenos no alcanzan a consumir todo el inmenso volumen de la producción tropical del resto de los países americanos y, como ya se ha visto antes, tampoco hay en Europa, ni posiblemente habrá después de la guerra, mercados suficientes para absorber ese exceso americano de producción tropical.

En consecuencia, el problema, desde el punto de vista continental, para todos los países iberoamericanos, y, por lo tanto para el Ecuador, consiste en buscar los medios para que esa ineluctable cooperación continental se encarrile dentro de la equidad, la conservación de la dignidad nacional y la coordinación armoniosa de los derechos nacionales de cada Estado.

Los Estados desunidos de la América India

Desde el momento mismo en que se obtuvo la independencia de las diferentes Repúblicas Iberoamericanas, hasta este instante, un considerable número de pensadores, de estadistas y, acaso todos los jóvenes de nuestra América, se han preguntado, por qué no hacemos esfuerzos supremos para constituir una global unidad política iberoamericana, a fin de que ésta pueda colaborar con los Estados Unidos, pero dentro de un equilibrio igualitario.

Muy a menudo, se ha expresado que la causa de la desunión entre las Repúblicas Iberoamericanas radica principalmente en el espíritu menguado de sus oligarquías hegemónicas; en su sistema neofeudal y en su caciquismo reaccionario, retardatario y suicida; en los egoísmos, celos y recelos de los caciques; en la ambición imperialista minúscula de algunos menos débiles Estados Iberoamericanos, que han querido abusar y han abusado de los hermanos más débiles.

No se puede negar que este enfocar del problema descubre una parte de la verdad, pero sólo una parte. Tengo para mí que la mayor, por desgracia, radica en hechos más

profundos y en dificultades por el momento insalvables.

Ojalá la desunión iberoamericana fuera debida solamente al caciquismo oligárquico. Claro que este caciquismo, que, adentro, impide la unión nacional en los momentos más trágicos de la historia nacional de cada uno de nuestros países; es causa de confusión no secundaria afuera. Pero, al menos yo lo creo así, ni aún barriendo con el caciquismo imperante en muchos de nuestros Estados, podríamos, de un solo golpe, romper la tremenda barrera geográfica, climatérica, económica y humana. Y el muro secular de ciertos intereses contrapuestos, de recelos y heridas, de injusticias perpetradas.

Si bien es cierto que todo gran Estado tiene diversos climas y zonas geográficas, en Iberoamérica los contrastes climatéricos, geográficos y económicos son verdaderamente profundos. Las provincias fisiográficas de la América India son numerosas y, casi inevitablemente, conducen a la formación natural de Estados políticos diversos. Piénsese en la diferencia que existe entre la América Andina y la parte baja y templada de la Hoya del Río de la Plata, la Amazonia y Méjico.

Si hubiese habido una gran población, vinculada en una constante intercomunicación espiritual y económica internas, la unificación política o, al menos, la cooperación política cerrada y metódica, hubiesen sido más fáciles; pero España creó en las diferentes partes de sus colonias americanas, compartimientos separados; esto es, más que comunicados entre ellos, comunicados en el servicio y provecho de la Madre Patria.

La falta considerable de población, que hace de nuestro Continente, como ya lo notó Humboldt hace más de un siglo, un archipiélago de islas de población separadas por un Océano de tierras despobladas, no favorecía la constitución sociológica de un solo Estado.

En la historia misma de la formación de la población actual sudamericana, puede encontrarse una de las fuentes de la diversidad de Estados políticos.

La población conquistadora, en efecto, al contrario de lo que pasó en los Estados Unidos, no se asentó en un sector más o menos reducido y compacto, para ir extendiéndose paulatinamente al Centro y al Oeste, como en el Norte

del Continente. Al contrario, en Iberoamérica, españoles y portugueses fueron sembrando núcleos dispersos y pequeños de población a lo largo de costas y en líneas interiores, más o menos paralelas a las costas, en una longitud de varios miles de millas. El desarrollo biológico de las oleadas de inmigración inicial y la inmigración posterior, no han podido sobreponerse totalmente al desierto y a las vallas geográficas americanas.

Medítese, por ejemplo, en el efecto aislante de la doble o triple cordillera de los Andes para la intercomunicación de las zonas a los dos lados de ella; médase la fuerza incontrastable de la selva amazónica, cerrando el paso a la avalancha de las poblaciones externas a ella, durante siglos; tómese en cuenta que esta selva del corazón sudamericano ha dejado desierta la más grande red de comunicaciones fluviales de este Continente: Mientras el Mississippi se convertía en una de las arterias principales de los Estados Unidos y en uno de los ejes de su desarrollo humano y económico.

Por otra parte, las poblaciones que se iban formando en estas diversas provincias fisiográficas, sometidas a diferentes climas, regímenes económicos y métodos de vida, y leyes políticas diversas, no han evolucionado en una dirección integralmente convergente; sino en ramificaciones que tienden a la concentración de tipos humanos divergentes, que sólo convergen dentro de un tipo regional y que es diverso de los tipos de las demás regiones.

La cordillera de los Andes, en Sud América, verbigracia, está creando un tipo andino que tiene su semejanza en los altiplanos del Ecuador, Colombia, Perú y Bolivia; la costa tropical del oeste de la América del Sur, produce un tipo humano convergente en esta zona; la Amazonia crea otro tipo que difiere sensiblemente de los de la zona semitropical del Sur del Brasil; Chile, Argentina, el Uruguay, están produciendo un tipo humano semejante entre ellas.

Las disputas territoriales han dejado también abismos difícilmente superables. Recordemos, por ejemplo, nuestro sentimiento actual para el Perú, que empleó su fuerza contra nosotros, en lugar de acudir al Derecho. Y el clamor de Bolivia por su salida al mar.

El marxismo ortodoxo señalará también que el sistema capitalista y la explotación de una clase por otra, pugnan contra la unificación de los pueblos. Y de ahí deducirá que, cuando se colectivicen todos los medios fundamentales de la producción, se suprima la explotación del hombre por el hombre y se erija una sociedad sin clases, será irremediable el armónico conglomerado continental. No hay duda de que la solidaridad de la Doctrina social apresuraría un acercamiento internacional.

Pero, no obstante, recordemos también que los católicos dirán, a su vez, que la adopción integral de la democracia cristiana, bajo los principios políticos proclamados por la Santa Sede, abre de par en par las puertas para la unidad universal. Como los cristianos del comienzo de esta Era creyeron que la universalidad del Cristianismo —la unidad religiosa mundial— traería indefectiblemente la paz entre los Príncipes cristianos. Como los románticos del siglo XVIII, con el lábaro de las Revoluciones Americana y Francesa, creían que sus concepciones políticas, suprimiendo el despotismo monárquico, las diferencias políticas de clases, e instalando la libertad individual y económica, y el sistema democrático, alcanzarían una magna armonía mundial.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Pero han seguido batiéndose a lo largo de la Historia, y han seguido divididos, los pueblos cristianos, los pueblos demócratas entre ellos, etc., cuando habían intereses contrapuestos insalvables.

Así, pues, sin descartar la posibilidad de que nuevas formas sociales, conduzcan a la formación de sociedades continentales y después a una sola organización política mundial: al diseñar proyectos para la política externa venidera, no podemos elevar demasiado nuestra vista al cielo, porque nos partirán la frente las rocas bajas que bordean nuestro camino.

Se dirá que si es difícil la unidad iberoamericana; más difícil es aún la unidad panamericana. Desde luego. Pero nosotros estamos exponiendo sólo algunos de los factores reales de la desunión efectiva actual de la América India. Y Panamérica no pretende ser todavía una unidad. Aunque se consolida, día por día, gracias a la necesidad económica mutua entre el Norte y el Sur, y al ala del águila americana,

que ha preservado al resto de América de la rapacidad extra-continental.

Las tres Sud-Américas

Yo creo que las diferencias entre el tipo del hombre de la América Latina disminuyen en un sentido regional; pero aumentan en un sentido continental.

Sostener lo contrario, me parece que es querer decir las cosas no tales como son, sino como quisiéramos que lo fueran.

Creo, pues, que Sud América, no representa en este instante una unidad cultural, política o humana definida; sino principalmente, una expresión geográfica para designar la mitad meridional del Continente Americano, en el que se desarrollan algunas entidades políticas regionales definidas.

Si no hay una Sud América, tal vez es más posible que hayan actualmente tres Sud-Américas. La Sud-América del Noroeste: tipo predominantemente indiano y mestizo, sobre una base geográfica de características y destino tropicales; la Sud-América del Noroeste y del Este, la América brasilera, que comprende la mayor parte de esta gran República constituida por los Estados Unidos del Brasil; y la Sud-América del Suroeste y del Sureste, compuesta por las poblaciones de Chile, especialmente del centro y del sur de ese país, de la Argentina, del Uruguay y del sureste del Brasil, poblaciones que sirven de base a un tipo humano de raza blanca, completamente renovado en el curso del último siglo, con poblaciones predominantemente europeas. Naturalmente, que este hecho biológico, no desquicia ni debilita ahora la potencia y la unidad crecientes del Brasil, que, en el curso de las últimas décadas, dotado de un fuerte espíritu nacionalista, está absorbiendo victoriosamente las potentes masas de inmigración blanca europea, como los Estados Unidos absorbieron las suyas, durante más de 60 años.

Si consideramos, pues, el mapa humano de la América del Sur, veremos que, por lo menos, cuajan tres tipos humanos diversos y tres Sudaméricas diversas, o, en otras palabras, por lo menos tres grupos regionales distintos.

Sostener la unificación y el parecido creciente del hombre en Iberoamérica, formando un todo igual, es sostener algo que no tiene raíces en la realidad. Entre el hombre de Buenos Aires y el de la provincia de Esmeraldas del Ecuador, del Chocó colombiano o de los llanos de Venezuela, hay tanta diferencia como entre un ruso y un portugués, salvo el vínculo poderoso del idioma del cual nos ocuparemos luego.

Por lo demás, paréceme que, especialmente en la parte baja de la Hoya del Río de la Plata, hay ya conciencia de esta diferencia humana con el Norte tropical.

Naturalmente, que no deja de haber, por otro lado, fuerzas unificadoras, poderosas y activas.

El idioma es uno de los instrumentos más incontrastables para el acercamiento entre los hombres y la cooperación entre las sociedades, y, felizmente, la mayor parte de los iberoamericanos hablamos español y también nos entendemos con los que hablan portugués.

El hecho de que los Estados Unidos sean una potencia hegemónica en América, es otro aglutinante iberoamericano. Instintivamente, los pueblos iberoamericanos, reaccionan, ante los Estados Unidos, con un anhelo unitario; porque sus aspiraciones fundamentales han sido y son independencia, igualdad y voluntad de que nadie, ni el más grande, ni el más amigo entre los amigos, se meta en los asuntos internos de cada uno de los demás Estados Iberoamericanos.

Desde otro punto de vista, a Iberoamérica, asechan iguales peligros extracontinentales. Ya hemos hablado antes del peligro de las potencias imperialistas de Europa y de Asia, y de que la América, desde el punto de vista geográfico, constituye una de las salidas más lógicas para la superpoblación de algunos pueblos asiáticos.

Otro aspecto que no puede menos que acercar a los pueblos Iberoamericanos son sus problemas económicos internacionales. En efecto, los que producen artículos semejantes, tienen que buscar el acuerdo para no arruinarse en

una competencia suicida; y los que tienen una producción diversa, lógicamente deben desembocar en una cooperación de intercambio, que vuelva más tangible ese complementarismo económico.

Hasta aquí, hemos hablado de los estímulos unificadores, positivos, materiales. Pero tampoco podemos desdeñar la vieja aspiración del acercamiento iberoamericano que, si toman como bandera todos los partidos políticos jóvenes de América, puede convertirse en idea fuerza de efectos próximos e incontrastables.

La tradición hispánica unitaria es otra gran fuerza espiritual, que obra en nuestro favor.

Súmense, pues, en el curso de los años, a un mayor intercambio cultural y económico, un mayor empeño unificador de los Gobiernos y el abrazo solidario de los pueblos, y las barreras actuales pueden irse convirtiendo en líneas de unión y las diferencias deslizarse hacia la suprema armonía, que es la de la unidad en la variedad.

Grupos regionales ibero-americanos.

Ya hemos procurado trazar solamente las grandes líneas de las cuales se deducen las causas para la existencia actual de los Estados desunidos de Iberoamérica y las dificultades para construir una Unión Iberoamericana. Al mismo tiempo ya hemos delineado cómo la Naturaleza, la Economía, la Historia, las Razas, van sedimentando grupos regionales, en la mayor parte de los casos, mayores que una cualquiera de las actuales Repúblicas americanas.

Digamos algo más acerca de estos hechos. Insistimos en la necesidad de que al mencionarlos no enunciemos nada nuevo, sino un hecho corriente, que anda suelto y libre en las publicaciones y en las mentes de todos los americanos ilustrados.

Es evidente que se nota un acercamiento progresivo entre ciertos grupos de Estados Iberoamericanos.

No alcanzamos a comprender bien, porque no conocemos a fondo los problemas materiales y psicológicos de cada una de las Repúblicas Centroamericanas, como no ha podido cristalizar hasta ahora una Unión Centroamericana,

o al menos una coordinación más efectiva de los Estados Centroamericanos.

En cambio, al otro extremo del Continente, está ocurriendo dos fenómenos verdaderamente formidables, que hubiesen sido muy difíciles de prever a comienzos de este siglo. Me refiero al acercamiento argentino-chileno y al acercamiento chileno-peruano.

Presentes están en nuestras memorias las dificultades y rivalidades chileno-argentinas. No obstante, grupos de estadistas en ambas Repúblicas han venido haciendo loables esfuerzos para incrementar, en forma verdaderamente global, las relaciones integrales entre los dos Estados.

Puede ser que, momentáneamente, por consideración a las relaciones de ambas Repúblicas con los Estados Unidos, haya un alto en esa corriente. Pero quién ha seguido de cerca el curso de las relaciones entre ambas Repúblicas durante los últimos años, no podrá menos de advertir que ese acercamiento avanza a merced de una corriente histórica favorable y está basada en afinidades humanas, en conveniencias económicas y en necesidades estratégicas.

Más extraordinario todavía es el acercamiento peruano-chileno desde 1928, dada la historia de esos dos países, casi desde la independencia de ambos. Fomentada hábilmente por ambos, la colaboración entre Chile y el Perú ha sobrepasado el plano de los intercambios comerciales, para desembocar en los acuerdos políticos.

Puede ser que en Chile provoque resquemores el actual desarrollo del ejército y de la aviación del Perú, favorecido por los Estados Unidos; pero Chile, seguirá armándose a su vez y a la vez cooperando con el Perú.

Interesantes fueron también los largos esfuerzos mutuos, peruanos y bolivianos, para crear una verdadera cordialidad entre los dos países, dotados de tantos vínculos históricos y humanos.

Cosa análoga podemos decir del mejoramiento de las relaciones peruano-colombianas, desde el Tratado Salomón-Lozano, que tanto daño efectivo nos hizo, dígame lo que se quiera. Pero, por otra parte, el armamentismo del Perú creo que no podrá menos que inquietar a la República de Colombia, dadas las largas fronteras entre las dos Naciones.

Cabe también señalarse el incremento de los vínculos

de todo orden entre Bolivia y el Paraguay, desde poco tiempo después de la terminación de la guerra entre los dos países. Cuando se contempla actitudes como aquella, hay que volverse optimista acerca de la capacidad de los estadistas iberoamericanos. Pese a todos los resquemores, era de conveniencia esencial para ambos países el iniciar, venciendo cualesquiera suerte de obstáculos, una etapa de verdadera cooperación. Tanto más que en ese arreglo, desfavorable para Bolivia, no se le había privado de territorios esenciales para su existencia futura.

No hemos pretendido revisar en este párrafo las múltiples manifestaciones de actividad diplomática y de acercamiento internacional realizados por todos los Gobiernos Iberoamericanos.

Nada hemos dicho de la clarividente y generosa política de Méjico.

Hemos omitido también, por tener unas dimensiones de una importancia superior a las escasas líneas que en este momento podemos dedicarlas, hablar de las orientaciones internacionales del Brasil, esta futura gran Potencia mundial, que ha incrementado de modo extraordinario sus relaciones con los Estados Unidos de América, sin desdeñar la extensión de su zona de irradiación e influencia hacia todos los lados del Continente.

El grupo regional Grancolombiano.

La forma de encarar la reagrupación del Ecuador al Noroeste de Sud-América, más de acuerdo con la Historia, la forma más grande y la mejor en el ánimo ecuatoriano, sería la que consistiera en efectuar aquella dentro del mismo marco de la antigua Gran Colombia, de modo que los tres Estados coordinen sus actividades de acuerdo con las necesidades de hoy.

El ejemplo que dieron Colombia y Venezuela, al terminar armoniosamente su viejo diferendo limítrofe, fué un hecho que repercutió gratamente en todos los ámbitos del Ecuador, en donde hay la más sincera cordialidad y el más íntimo sentimiento fraternal para los otros dos Estados grancolombianos.

Por lo demás, la terminación de esa controversia, abrió una etapa nueva en las relaciones mutuas, porque ya no existe diferendo político-territorial alguno entre ninguno de los tres Estados.

Acaso uno de los factores que detenga un tanto el reacercamiento entre Colombia, Venezuela y Ecuador, sea el agudo sentimiento nacional de preeminencia. En el Ecuador quizá no ocurre esto; no ocurre sin duda en el sentimiento de sus ciudadanos, que han hecho de la Gran Colombia la llave maestra de la política exterior y un anhelo popular de fuerza avasalladora, al menos en el Norte y el Centro de la República.

Sin hacerme responsable ni asegurar la veracidad, quizá conviene recordar aquí que en el Ecuador se publicó un cable de los Estados Unidos, refiriéndose a alguna declaración oficial venezolana, en la cual aparecían signos de que el Gobierno de Venezuela, en este instante, se interesaba más que por incrementar relaciones estrechas de grupo regional, por incrementar el mundo panamericano y la unidad panamericana.

En otra forma, cabría preguntarse también si el pueblo colombiano y el pueblo venezolano, aunque son genuinamente bolivaristas, tienen las mismas simpatías que el pueblo del Ecuador, por una eventual reconstrucción de la Gran Colombia, sobre bases políticas compatibles con las realidades actuales.

En Venezuela, antes de la independencia, ya había un profundo sentido local; durante la Gran Colombia, Venezuela se sentía incómoda en el centralismo bogotano y nacía en ella una corriente nacional separatista. Actualmente, su situación no puede ser más tranquila ni más segura.

Sus recursos naturales, especialmente los petroleros, hacen de Venezuela un país con un gran capital nacional que, hasta el momento, fácilmente puede encontrar su camino ascendente, sin necesidad de adelantarse, para conseguirlo, a la creación de combinaciones políticas más audaces.

Dentro de estas realidades tenemos, pues, que movernos.

En cuanto al Ecuador, sin perjuicio de que más abajo nos ocupemos más extensamente de sus relaciones con Co-

lombia, cabe decirse que, al menos por su parte, debe estar listo para iniciar toda clase de arreglos que permitan una extensión y multiplicación de sus relaciones económicas y políticas con Venezuela y Colombia.

Colombia y Ecuador

Es, pues, tiempo de dedicar unos párrafos a la política entre estos dos países, tal como yo la entiendo.

Muy a menudo, los ecuatorianos, hablamos con encomiástico entusiasmo, pero poca reflexión, acerca de la reconstrucción de la Gran Colombia y, especialmente, de la necesidad de un acercamiento con nuestra vecina del Norte. Evidentemente, ambas finalidades, según manifesté antes, acarrearán la unanimidad favorable de la opinión ecuatoriana. Pero esto no impide que veamos, o que procuremos ver, de nuevo, las cosas tales como son.

En primer lugar, los ecuatorianos derramamos nuestro entusiasmo por la reconstrucción de la Gran Colombia; pero no nos ponemos a meditar serenamente, si los pueblos venezolano y colombiano tienen igual entusiasmo que el nuestro. A menudo, hablamos como si los colombianos estuvieran resueltamente deseosos y vehementes por reconstruir la Gran Colombia o, siquiera, de combinar alguna base política nueva, sobre bases modernas, con el Ecuador.

No olvidemos, sin embargo, que Colombia evitará, en todo caso, verse complicada en controversias con el Perú, a causa de alguna acción diplomática de concertación con el Ecuador. Colombia, no necesita de esa acción para proseguir su gloriosa carrera de progreso material, de elevación moral y de respetabilidad externa.

Por otra parte, naturalmente que el Gobierno colombiano no puede expresar que debe estar muy preocupado por el actual armamentismo del Perú. Pero es de presumir que sí debe estarlo. En consecuencia, debe estar también, por elemental prudencia, incrementando su defensa nacional; aunque, como yo estoy seguro, no abrigue intención ofensiva para ningún Estado, y menos para el Perú. Pero, mientras tanto, no creo que el Gobierno de Colombia se aventure a una acción diplomática de gran envergadura, como sería una asociación política y económica estrecha con el Ecu-

dor, por el temor de precipitar, con ese paso, un ataque del Perú.

En general, creo que cuando planeamos acercarnos a Colombia, debemos planear un acercamiento que no pretenda involucrar nada contra el Perú, porque Colombia no lo aceptará. Colombia tiene buena amistad oficial con el Perú y, en este instante, los dos países no tienen problema político-territorial pendiente.

En consecuencia, por más que el Ecuador estuviere resuelto a avanzar tan lejos como se puede concebir —yo creo que sí debe estar resuelto a ello—, en el camino de una progresiva asociación política y económica con Colombia, no considero probable que, en este preciso momento estratégico militar, se encontrara igual entusiasmo por parte del Gobierno de Bogotá.

En otras palabras, cualquiera que sea nuestra firme intención de proseguir, como debemos efectivamente proseguir, una política de acercamiento a Colombia, tenemos, por más que nos pese, que detenernos en el punto en el cual Colombia quiera poner un límite a esa política. Es decir que es Colombia, dadas las circunstancias y el entusiasmo del Pueblo del Ecuador, la Nación que en definitiva decidirá hasta qué punto se puede avanzar actualmente en un proceso de asociación colombo-ecuatoriana.

Cuando se examinen los diferentes aspectos de este proceso, tengo para mí que el Ecuador debe aunque sea hacer ciertos sacrificios, para incrementar, en el campo de las relaciones económico-comerciales, por ejemplo, sus lazos con la República colombiana. El Ecuador, en efecto, cuando se discuta acuerdos con Colombia, no solamente debe considerar los aspectos económico-comerciales, sino el fomento de afinidades políticas que un acercamiento de esa índole acarrea consigo a la postre.

Cuando se medita, a la luz de la Historia, y revisando todas las lecciones de ella, el proceso de nuestras relaciones con Colombia, se advierte que el anhelo de cooperación entre los dos Estados, ha existido de modo mucho más sólido y anticipado, en el ánimo de sus pueblos que en el de sus Gobiernos.

Ahí, justamente, radica una de las ventajas. Y así, al menos por lo que al Ecuador respecta, todo arreglo que se busque con Colombia y que no sea exorbitantemente perju-

dicial para el Ecuador, o que no hiera su dignidad nacional, será aplaudido por todos los sectores de la opinión pública ecuatoriana. ¿Pero qué tratado de esa índole podría herir su dignidad?

Creo que éste, del necesario y querido acercamiento a Colombia, es uno de los pocos campos de la política externa ecuatoriana, en el que no puede haber sino una total coincidencia entre todos los ecuatorianos, entre todos los partidos políticos ecuatorianos, y entre todos los Gobiernos del Ecuador.

Por esta superficial y fragmentaria contemplación de algunas corrientes de acercamiento interamericano, vemos que nada es más natural, como lo sostuvo hace poco un ilustre estadista colombiano, que, sin perjuicio de la gran entidad panamericana y dentro de ella, si no se constituye una asociación o concierto iberoamericano, por lo menos cabe la constitución de grupos regionales iberoamericanos, que fortifiquen la posición de los diversos Estados, sin que por ello disminuyan las posibilidades del total entendimiento del Continente.

No veo, por mi parte, por ejemplo, en qué obstaría al Panamericanismo, la reconstrucción de la Gran Colombia sobre nuevas bases. Mas, si esto no es posible, me pregunto ¿en qué podría perjudicar al Panamericanismo una cooperación más estrecha entre Colombia y el Ecuador, que no obste, sino más bien prepare, una futura colaboración más intensa entre estos dos Estados y Venezuela?

Relaciones con el Perú

• En 1936, respondiendo a un cuestionario que dirigió la Cancillería ecuatoriana a varios ciudadanos, dejé constancia de ciertos puntos de vista, que después he tenido la oportunidad de ratificar en nutrida correspondencia con el Ministerio de Relaciones Exteriores.

En 1936 temía yo que intentar el arreglo inmediato con el Perú, era deslizarse hacia una situación que conducía a que el problema se resolviera, más o menos, en los términos en que el Perú buscaba la solución.

Siempre creí que si el Ecuador no alteraba el ritmo de su desarrollo biológico, no solamente no avanzaba hacia

mayores posibilidades ventajosas para la solución de su antiguo conflicto con el Perú, sino que, de seguir precipitándose en el abismo, iba a quedar a la postre, comprometida, su misma existencia nacional.

En efecto, si Colombia y el Perú se siguen desarrollando más rápidamente que nosotros, al Norte y al Sur de nuestros territorios, la influencia creciente que desarrollarán sobre los territorios fronterizos, por una especie de proceso de desequilibrio físico-biológico entre la frontera ecuatoriana y el territorio circundante, puede comprometer, a la larga, irremediablemente, la unidad nacional del Ecuador.

Pero, después de largas meditaciones sobre nuestros recursos naturales y humanos, llegué a apartarme de la corriente general de nuestros internacionalistas y creí que el Ecuador, si no quiere desaparecer, tiene que hacer un supremo y continuado esfuerzo, en el curso de los próximos cincuenta o cien años, para alterar su ritmo de desarrollo, en relación con el ritmo de desarrollo de su vecino meridional. De ahí concluía yo que no debíamos procurar, como habíamos procurado incansablemente, en el curso de los últimos treinta años, solucionar a la mayor brevedad posible y de modo definitivo, nuestro litigio con el Perú, sino dedicar nuestra atención al desarrollo nacional; buscando, mientras tanto, algún acuerdo con el Perú, que hubiese permitido dar a ambos países un compás de espera a sus relaciones político territoriales.

Al mismo tiempo, en el intervalo, con mejores relaciones políticas y económicas, podía abrirse paso en el Perú la convicción de que le convenía llegar a un acuerdo con el Ecuador que contemplara, siquiera, entre las reclamaciones nuestras, las más bien fundamentadas en el derecho y las más razonables, a la vez.

En el Ecuador estábamos penetrados de que el tiempo había trabajado contra nosotros, en nuestras relaciones con el Perú. Y de ahí concluíamos que iba a seguir trabajando contra nosotros en el futuro y que era indispensable llegar a un acuerdo con esa Nación, a la mayor brevedad.

Por mi parte, con la experiencia de los últimos esfuerzos de negociación hechos por el Ecuador en 1929 -30 -31, en 1933 - 34, en 1937 - 39, pensaba que si el tiempo seguía trabajando contra nosotros, no solamente íbamos a perder el Oriente, sino que podíamos perder la existencia

nacional. Que, en consecuencia, no debíamos dedicar nuestros esfuerzos a obtener un inmediato arreglo con el Perú, porque eso nos conduciría a la aceptación, más o menos íntegra y pura y simple, de sus puntos de vista; sino a encontrar una fórmula que permita la espera, en la cual el Ecuador trabajara por consolidar su vitalidad nacional y su defensa territorial; al mismo tiempo que por mejorar sus relaciones con el Perú, que acaso colocaran la situación del litigio en otro plano más amistoso, franco y capaz de dejar que se abran paso los intereses comunes permanentes de ambos pueblos.

En el futuro, si el Ecuador hubiere llegado a conquistar fuerza y respetabilidad materiales, acaso habría sido fácil encontrar ya una solución más decorosa; sobre todo si, hasta tanto, hubiere llegado a formarse una bien definida y fuerte organización verdaderamente panamericana.

Pero el pasado, muerto está ya y ahora debemos encarar al futuro sin llorar sobre nuestras ruinas.

Alguna vez sostuve que entre el Ecuador y el Perú hay un sólo interés discordante: el territorial, y que todos los demás son coincidentes y, por lo tanto, invitan a la cooperación. Esto sigue siendo verdad todavía.

Económicamente, no pueden ser más invitadoras a la cooperación las respectivas condiciones y posibilidades de desarrollo comercial y de cooperación entre los dos países. El sur ecuatoriano y el norte del Perú comercian mucho y han comerciado siempre. Culturalmente, los dos países tienen raíces semejantes y tradiciones cercanas. Socialmente, ambos pueblos afrontan problemas similares, especialmente el problema del Indio. Técnicamente, ambos territorios tienen que afrontar análogas dificultades, por ejemplo, en el desarrollo de sus comunicaciones interregionales y en el desarrollo de la agricultura y de la ganadería en las regiones serranas.

Desde el punto de vista humano, el tipo andino del Ecuador y del Perú no pueden ser más semejantes; como son semejantes los tipos humanos costeños de ambas Repúblicas.

Para el Perú, la región del Norte del Amazonas, a la cual el Ecuador proclamaba con razón la plenitud de su derecho, si se excluye la zona de Iquitos y su hinterland, limitadas explotaciones forestales y agrícolas y un cierto número de poblados de poca consideración; esa región digo, era ape-

nas una reserva lejanísima para el desarrollo nacional muy eventual, dado el inmenso espacio que el Perú tiene para extenderse y progresar en las vastas zonas del Huallaga, del Ucayali y de todo el Sur del Amazonas.

Esto de la numerosa población de Loreto y de la peruanidad de sus habitantes, son afirmaciones políticas de limitado valor real.

En tanto, para el Ecuador, la pérdida, al menos, **de una parte** de los territorios que reclamaba, significa la renuncia de una zona verdaderamente indispensable para la futura expansión de la población y de la economía ecuatorianas. El Perú tenía que saber que en un arreglo equitativo, el Ecuador no iba a reclamar Iquitos y más territorios aledaños, lo que ya no obtuvo en el Tratado de 1890; ni muy amplio acceso al Marañón-Amazonas, sino accesos limitados.

En otras palabras, unos miles de kilómetros cuadrados más de los que, en nuestro concepto, el Perú no necesitaba ni tenía derecho y a los que tenía derecho y necesitaba el Ecuador, reconocidos a nuestra República en un Tratado de Límites, y como resultado se habría logrado que el Perú y el Ecuador hubiesen quedado entre los mejores amigos de Sud América.

Nadie conoce mejor que uno mismo, las conveniencias de su propia Patria. No obstante, me atrevo a creer que el Perú echó por la ventana el anhelo de leal entendimiento que tenía el Ecuador, y lo echó a cambio de retener unos miles de kilómetros cuadrados, de territorios despoblados, de los cuales el Perú no necesita y seguramente no necesitará en el curso de los próximos 100 a 150 años.

Se ve, pues, en cuán poco estima el Perú la amistad y la cooperación que el Ecuador le ofrecía, con la más sincera caballería, en pro de la creación de un mejor entendimiento sudamericano. Se ve, además, en cuán poco valora nuestra vitalidad nacional.

Para mí, el Perú, obligado a satisfacer a su Ejército (que no había tenido antes oportunidad de emplear sus armas nuevas) el Perú, digo, ha hecho, con su injusto y abusivo comportamiento con el Ecuador, uno de los peores negocios de su vida internacional. No es imposible que a lo largo de los años, serenadas ya las pasiones del momento y considerando la necesidad de encontrar un destino común para nuestros pueblos sudamericanos, los futuros estadistas

del Perú, encuentren que el imperialismo de su país en 1941 fué perjudicial quizá a otros intereses fundamentales y en todo caso más importantes, de la Nación Peruana.

Quizá los mismos Gobernantes del futuro Perú, comprendan que es necesario rectificar, en un sentido de justicia y de dignidad, el inicuo Tratado de Río de Janeiro; lo que abriría la puerta para que los dos países se encaminen en el porvenir a una cooperación a la que invitaban los numerosos intereses comunes de ambos.

Pero el Ecuador no puede sentarse a esperar esta eventual reconsideración del Perú.

El imperialismo peruano es un hecho efectivo del que numerosas veces se ha hablado en diferentes países de Sud América.

La grandeza del antiguo Incanato y el brillo del Virreynato del Perú en una larga época del antiguo coloniaje, crearon, en determinados círculos de estadistas peruanos, la convicción de los grandes destinos de su Patria y el anhelo de un reengrandecimiento del Perú, pues se lamentan de que se ha empequeñecido durante la República. Yo mismo he oído a un distinguido diplomático y escritor peruano, pronunciar un discurso encendido, en el cual reiteraba enfáticamente "el destino imperial del Perú". Y un profesor de la Universidad de San Marcos, preconizaba, como los geopolíticos alemanes, reviviendo los términos de un antiguo líder griego, la frase de que el Perú debe decir: "Mi frontera va hasta donde va la punta de mi lanza".

Súmense a estos designios imperialistas y agresivos, los graves errores ecuatorianos, y el resultado será la catástrofe que padecemos.

En estas circunstancias, no nos queda sino robustecer con toda nuestra voluntad, al Ecuador. Actualizar sus recursos potenciales. Acerar nuestras almas para resistir futuras eventuales sorpresas. Armarnos hasta donde podamos, para la defensa, y esperar, esperar que la Justicia y el Derecho, rompan las vallas negras del pasado y, en una gran concertación internacional, construyan la vía de una verdadera fraternidad americana, en la que no se echen, como ahora, en la avenida de la paz panamericana, los retazos de un pequeño país amputado.

Colaboración con los Estados Unidos y con todo el Continente

Cuando, después de meditar en la situación americana desde diferentes puntos de vista y a la luz de diversos antecedentes y hechos, uno se pregunta cuál será en definitiva la forma y composición de una constelación política y económica continental, se advierte que en América se ha formado una corriente en la que influyen primordialmente los Estados Unidos.

De esta influencia, al menos hasta cierta línea ideal que divide la Sudamérica tropical de la Sudamérica de clima templado, nuestros Estados, si se preparan a obrar con vista a la realidad, tienen que reconocer que no pueden escapar ni les conviene escapar, porque su mayor garantía de progreso e independencia consiste, dada la relatividad de las cosas internacionales, como se ha apuntado repetidamente a lo largo de estas páginas, en buscar la forma satisfactoria y digna de cooperación intracontinental.

Por lo demás, estamos justamente presenciando un proceso de lenta pero creciente combinación política y económica dentro de América. A los Estados Unidos como a nosotros, nos conviene esta cooperación voluntaria. Y nos conviene relaciones equitativas, porque son ellas las únicas creadoras de una real armonía y garantizadoras de la durabilidad de la construcción que se efectúa al presente. No obsta a lo dicho que los Estados Unidos sean fuertes y nosotros débiles. Porque cuando los Estados pequeños tienen seriedad en su conducta, conciencia de su destino y de su situación, nobleza en sus actitudes, limitación de sus intervenciones dentro de un plano real que esté en proporción con sus propios medios, pueden cumplir su misión internacional con respetabilidad, con brillo y para bien eficaz de sus propios pueblos.

Son los Gobiernos dictatoriales, sin raigambre popular, sin tiempo libre sino para defender su permanencia, sin equipos de hombres que cooperen con ellos, y sin ánimos, por lo tanto, para pensar en los problemas colectivos y para defender los intereses nacionales: los que vuelven más delicada la situación de los países débiles y los que, como dijo hace poco un periodista colombiano, conducen a la intervención

de los extraños fuertes, que ni siquiera buscaron esa intervención.

Los pueblos americanos tienen que colaborar con los Estados Unidos, pero sobre bases de mutuo respeto, sin herir la dignidad nacional de cada uno, con la frente alta, y con una entera lealtad en todas sus transacciones.

Ahora mismo en estos trágicos momentos de la historia, los pueblos americanos tienen que pensar que la guerra contra el Japón llevará todavía largo tiempo por delante y, al menos para las Repúblicas del lado del Pacífico, **que es de su máxima conveniencia, prestar su cooperación por larga e importante que ella sea, para el triunfo de los Estados Unidos.**

Para despejar mejor el campo de nuestras relaciones con la América de habla inglesa, debemos considerar que, a pesar de las gentes que han manejado abusivamente el dólar, los Estados Unidos son un país en el que hay también millones de hombres generosos e idealistas, que sinceramente buscan el progreso mundial y el bienestar humano. No olvidemos en efecto de la obra magnífica de sus instituciones humanitarias, científicas, universitarias; de sus millones de estudiantes llenos de una nueva, abnegada y optimista concepción de la vida; de sus sabios y sus pensadores, de su cristianismo acendrado y sincero.

Pero enderecemos nuestra actitud sustancial hacia los Estados Unidos, de manera que en todo momento estemos dispuestos a exponerlos con franqueza varonil nuestros puntos de vista y a tomar con entereza la defensa de los intereses propios, sin esperar que ellos los defiendan y sin olvidar por ello, la justa consideración de los intereses norteamericanos.

Digámosles francamente, para comenzar, que estamos dispuestos a seguir construyendo un nuevo mundo político y económico en este Continente Americano; pero que confiamos en que el principio de la no intervención en los intereses domésticos de otros Estados seguirá vigente, porque es garantía de auténtica cordialidad entre los respectivos pueblos.

Evidentemente que la extensión de la actual lenta integración política no debe hacerse sacrificando ciertas convicciones profundas y ciertos intereses fundamentales de cada País.

Expongámosles ahora, por ejemplo, con franqueza, que, así como es inevitable que la industrialización norteamericana será aún más gigantesca después de esta guerra; también es inevitable que todos los Estados iberoamericanos se preparen a usar de todos los medios legítimos con que cuentan para fomentar su propia industrialización. Añadamos que, por lo mismo, es de nuestro deber buscar fórmulas de cooperación que eviten la competencia indebida y perjudicial.

Expongámosles, también sinceramente, que está de acuerdo con nuestro convencimiento la necesidad de que la presente intensificación de la cooperación económica entre nuestros Estados no sea un resultado transitorio de la clausura de los mercados extracontinentales, que nos permita la provisión, asimismo, transitoria, a Estados Unidos, de ciertos artículos. Manifestemos, para completar esta idea, que, sin aspirar a convertir a este Continente en una unidad económica cerrada, sería conveniente tratar de establecer una permanente cooperación comercial y aduanera que, en igualdad de condiciones, den mutua preferencia, en nuestros mercados, a los productos continentales.

Anotemos también que, así como los Estados Unidos buscarán la extensión de sus mercados, para sus productos y para sus recursos financieros, y nuevas fuentes de provisión para sus necesidades económicas; nosotros tenemos también que buscar mercados extracontinentales para nuestros productos, y nuevos proveedores para nuestras industrias nacientes, tanto como nuevas inversiones de capital extranjero en nuestros países.

No necesitamos ocultarles, algo que ellos lo conocen sobradamente, a saber que, a los pequeños Estados, no conviene tener un solo comprador, un solo vendedor, un solo prestamista, sino extender sus relaciones económico-financieras de otro modo.

Insistamos en que estas tendencias, si se estudian estos problemas con profundidad, no obstan para que el conjunto de los Estados de América, buscando siempre la mutua conveniencia o mutuos sacrificios equilibrados, construyan una nueva entidad político-económica, más íntima, más compleja y más vasta.

Algo sobre Política económica externa

Esto nos lleva, por lógica concatenación de ideas, a la conclusión de que, al intentar escribir una contribución para la política internacional del Ecuador en la post-guerra, se debe no solamente, contemplar las relaciones internacionales en el campo político; sino la política internacional en materia económica, financiera, comercial, inmigratoria, etc. Y, en breve, estos asuntos pasarán al primer plano y tendrán un carácter de urgencia.

Tengo para mí que, si se quiere trazar un nuevo cuadro o un plan adecuado, para nuestra política internacional, deberíamos conocer más exactamente nuestros recursos naturales, nuestra población y nuestras necesidades presentes, así como, aproximadamente, las de un futuro inmediato.

Conocidos ahora, en líneas generales, los factores que determinan nuestra capacidad agrícola, nos falta formar un verdadero mapa geológico y el inventario de nuestra riqueza mineral.

El censo de nuestra población es necesidad nacional impostergable. La estadística aproximada de nuestra producción y de nuestro consumo, se vuelven elementos de juicio irremplazables.

Sobre esta base tenemos que considerar qué destino económico vamos a buscar, qué ramos agrícolas, industriales, mineros vamos a desarrollar; porque, según ese destino, tiene que orientarse nuestra política económica y comercial.

Desde el punto de vista financiero, tenemos que investigar qué cantidades de capital extranjero y en qué forma los necesitamos absorber, en el curso de los próximos años, así como determinar los recursos, industrias y obras a cuyo desarrollo vamos a dedicar ese capital.

Del conocimiento de estos dos factores se aprovechará para la elaboración de una política internacional, que mire

al encauzamiento y fomento de nuestras relaciones económicas con los demás Estados, dentro de la orientación general internacional que se busque después de la guerra, y en defensa de nuestros intereses propios.

Hasta ahora no ha podido el Ecuador crearse ni ha tenido elementos suficientes para crearse, una política comercial coherente, continua y metódica, que encamine satisfactoriamente nuestro intercambio externo.

La Lección que nos enseñó la experiencia

He aquí pues, a grandes trazos superficiales, sin pretensión de haber resumido todo ni haber inventado ó descubierto cosa alguna, expuesto a grandes rasgos, el panorama de la actual situación mundial y las corrientes que llevan en sí el destino del Mundo.

Fácil nos es percibir ahora, de modo clarísimo, la magnitud de los intereses en juego, y el fondo y el confín de los intereses de vida o muerte que están en pugna, bajo la mano de hierro de los pocos Poderes mundiales.

Ahora ya comprenderemos mejor qué minúsculos aparecerán nuestros pleitos entre pobres vecinos sudamericanos, ante los estadistas que están preocupados de las soluciones mayores del drama.

Y, muchos de entre nosotros creían que podíamos "conmover la conciencia internacional" y "conquistar la conciencia de América"! En una concepción que va a parecernos prosaica, a ras de tierra, yo creo, que en 1941 - 44, como hasta 1941, los Continentes no han tenido conciencia, sino intereses; intereses confusos, coincidentes unos, contrarios otros.

He aquí, pues, cómo tenía que pasar inadvertida la agresión abusiva de un Perú débil, a un Ecuador más débil todavía. A los hombres que tienen la rueda de la dirección mundial, eso tiene que haberles forzosamente parecido insignificante, molesta, suicida, pequeña disputa minúscula. No tenían tiempo, ni podían tener gana, de ocuparse de pleitos territoriales entre pequeños Estados, por más que uno de esos Estados se jugaba casi todo su futuro en ese pleito.

De cien experiencias históricas y de la cruel experiencia, que el latigazo de la derrota aparente dejó marcado para largo tiempo en nuestro honor nacional, pero, al mismo tiempo, de una nueva concepción varonil de nuestro destino, debemos, aplastando a viva fuerza el dolor de nuestra alma, sacar conclusiones positivas.

No podemos confiar en el desinterés de los demás Estados. Los Estados en su política externa, no proceden guiados por el ideal o la justicia, sino primordialmente, por la defensa de sus propios intereses. Ningún Estado sacrifica su comodidad o sus propios intereses, por los intereses de otro Estado, sin estar, en alguna forma, obligado al sacrificio.

Los Estados están abrumados de problemas propios. Cada Estado como que está naufragando en una catástrofe de dificultades y problemas. Por lo tanto, no podemos exigir a los demás, ocupadísimos con el naufragio propio, que salven el naufragio ajeno.

No obstante, no podemos dejar de señalar que en 1941 - 42, naufragaba no solamente el Ecuador, sino el principio de no agresión, el principio que vedaba la adquisición de territorios por medio de la fuerza, y el principio de que también los pueblos débiles tienen derecho a que se les haga justicia. Y esto, sí es interés, e interés primordial, material e inmediato de todos los Estados Iberoamericanos, que viven en un Mundo que está dominado por Estados más fuertes que ellos.

La búsqueda de soluciones para la post-guerra

¿Qué epílogo va a tener en la post-guerra la innegable lucha social dentro de cada Estado? ¿Cuál la lucha reivindicatoria por la libertad y la igualdad de las razas oprimidas? ¿Qué soluciones van a encontrar los problemas relacionados con el acceso a las fuentes de producción; con la distribución de los productos agrícolas indispensables; con el comercio internacional; con la población creciente de los Estados, mientras disminuyen las tierras de inmigración y los pueblos levantan sus ojos a las zonas marginales del ha-

bitat humano, regiones abiertas por las necesidades colectivas y los progresos técnicos, cada vez más sorprendentes?

¿Qué salida va a hallarse para los movimientos migratorios impuestos por la fuerza de nuevos tratados político-territoriales inevitables; o por la necesidad espontánea de los hombres, de dejar territorios superpoblados, o por la presión sobre pueblos oprimidos que, como una gran parte del pueblo judío, buscan ansiosamente su hogar nacional?

¿Cuáles son los caminos que van a buscarse para las relaciones económicas y, en particular, comerciales entre los Estados?

¿En qué nuevos métodos, la fuerza triunfadora de las Naciones Unidas, va a concretar sus designios para conformar el destino próximo de los pueblos atrasados que se hallan actualmente en **status** colonial o casi colonial?

¿Va a extenderse en la post-guerra un sistema que limite la soberanía de todos los Estados para facilitar su coexistencia común y en qué medida?

Estas, y docenas de otras cuestiones, tan graves como las enunciadas, son aquellas que ocupan las mentes vigilantes y angustiadas de los hombres de Estado del Mundo.

No pretendemos ni siquiera apuntar las auroras en que se dibujan las soluciones de estos problemas.

Sabemos sí algunas cosas: Que va a extenderse un régimen cada vez más cercano a la justicia social, de modo que los más numerosos, que las masas trabajadoras, conquisten una vida verdaderamente humana y digna, y tengan mayores oportunidades que antes para su progreso.

Es imposible también negar que, en el futuro, el Estado va a revestirse de finalidades y funciones cada vez más difíciles y complejas, que absorban o, al menos, controlen y dirijan, las fuentes fundamentales de la producción, la defensa económica de las clases pobres y las relaciones económicas internacionales.

Los hechos nos han revelado, asimismo, que las razas de color van a conquistar su igualdad, o como un *mínimum*, considerables grupos de ellas van a alcanzar una situación de igualdad con respecto a las razas blancas dominantes.

Todos los datos previos y el turbión de los sucesos que nos abruma desde 1939, nos instruyen también acerca de la ineluctable desembocadura en un régimen de diversos acuer-

dos internacionales, que cubrirán un campo enorme: tan grande como el que va desde el acceso a las fuentes mundiales de recursos naturales, hasta los movimientos migratorios internacionales; desde la distribución de los recursos agrícolas, hasta los acuerdos financieros que extienden sistemas monetarios y de intercambio de los Estados.

Habría, desde luego, disminución del antiguo "libre albedrío" teórico, de todas las Naciones; teórico digo, porque la plena libertad, si la tenían, en todas sus decisiones, la tenían sobre todo las grandes Potencias de base mundial.

Concertación de tratados y convenciones que encarri- len todos estos problemas, pero de modo que no choquen ni contra los intereses de la conservación de la paz por un lado; ni contra los intereses fundamentales e irrenunciables de las Naciones vencedoras, por otro.

En el campo de las relaciones políticas internacionales, ya sabemos que el régimen del aislamiento desaparecerá en el futuro, para todas o casi todas las naciones. La interdependencia suprime el aislamiento. La combinación de fuerzas hostiles o extrañas, no lo aconsejan.

Naturalmente, que a los Estados pequeños convendría, antes que nada, independientemente de las formas de cooperación internacional que sean encontradas, una verdadera extensión, elevación y consolidación de los principios del Derecho Internacional Público, de aquellos que garantizan la libertad, igualdad y coexistencia de todos los Estados grandes y pequeños; la aplicación de la Justicia Internacional, sin tomar en cuenta la fuerza diferente de las partes en controversia; y, al menos para algunos países, una especie de seguridad colectiva, en virtud de la cual se garantice la existencia y la integridad de los pequeños Estados, por las grandes potencias que tienen intereses contrapuestos y fuerzas suficientes para hacer respetar dicha existencia. No hay régimen más cómodo, por ejemplo, para Estados como Bélgica o Suiza, que los grandes Estados que los rodean garanticen conjunta y separadamente su existencia e integridad. Pero no sé qué piensen ahora los belgas y los suizos.

Pero, repito, procurando tratar con frialdad los hechos, problemas y soluciones de la política exterior, creo que debemos pensar y obrar conformándonos dentro del límite de la posibilidad: lo cual, insisto una vez más, no implica re-

nuncia al ideal de avance y progreso; aunque el ideal no quepa en las realidades actuales.

Así, pues, considerando especialmente las posibles soluciones de la futura coexistencia entre los Estados, o de la cooperación internacional, ya podemos estar seguros de que el Mundo va a presenciar el nacimiento o renacimiento, de una organización internacional, o de varias organizaciones regionales internacionales, o, al mismo tiempo, de unas y otras.

No han faltado hombres arrogantes, que propugnen como la mejor solución, una nueva "Pax Romana", pero que sea ahora una "Pax Americana". Pero ya americanos, más bien de tendencias políticas conservadoras, como los Sres. Hoover y Gibson, en el "Preface to Peace", descartan la posibilidad de un tal tipo de solución. Ni los Estados Unidos tienen fuerza suficiente para imponerse a todo el Mundo; ni les convendría tomar, si la podrían, una responsabilidad que no estaría equilibrada con beneficios suficientes.

Se ha insinuado también, la solución de una "Pax", garantizada por las cuatro potencias hegemónicas —Estados Unidos, Imperio Británico, U.R.S.S. y China. Pero no parece que convendría a este grupo primordial de vencedores, decretar clara y francamente una dictadura mundial, que, a la postre, acabaría por romperse y por provocar la resistencia pasiva y activa del resto de los pueblos del Mundo.

Debemos sí estar ciertos de que, a manera de lo que ocurrió en Versalles, los moldes de la paz futura, franca o disimuladamente, van a ser fraguados por el acuerdo de esos cuatro grandes centros de gravitación mundial.

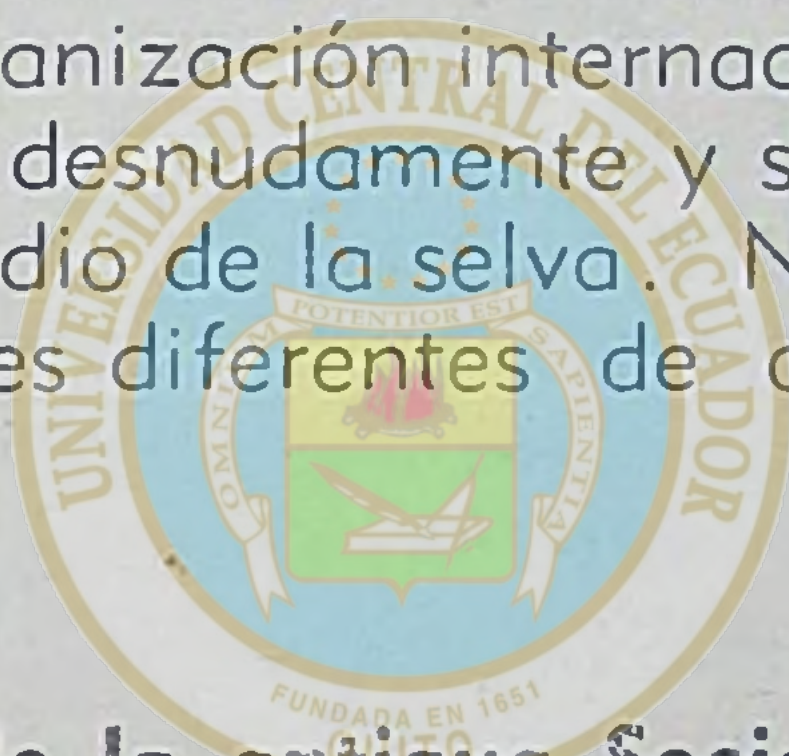
Desde luego, tampoco podemos hallarnos totalmente seguros, aunque lo deseamos vivamente, que se conquiste y se conserve, hasta la formulación definitiva del nuevo régimen de paz, el difícil y quebradizo acuerdo entre cuatro Potencias, cuyas convicciones sociales e intereses económicos son, por ahora, hasta cierto punto, diversos, al menos desde el punto de vista de las respectivas clases dominantes.

Por felicidad para los pueblos débiles, los grandes dirigentes de la política mundial, han redactado promesas solemnes tan importantes como la Carta del Atlántico —que, por cierto, avanzó solamente de modo muy ligero, si algo avanzó, sobre la hermosa ideología wilsoniana—; las de-

claraciones de Moscú, del Cairo y de Teherán, y la que acaba de formular Mr. Cordell Hull.

No es, pues, inverosímil prever que se va a buscar un régimen mundial o una articulación armoniosa mundial de varios regímenes regionales que garanticen, siquiera parcialmente, las cuatro libertades del Presidente Roosevelt, y, en especial, el derecho a la auto-determinación de los pueblos; pero —y aquí viene un pero de alcances fundamentales— siempre que ese conjunto de autodeterminaciones no perjudique fundamentalmente a los intereses esenciales de las naciones vencedoras y no choque, de modo inevitable, con el mismo imperativo de esta nueva ordenación mundial.

Sentamos pues, ya, que vamos a entrar, por felicidad, en una era de nueva organización internacional. Felizmente, porque ya se ha dicho en todos los idiomas del mundo que, sin otra organización internacional, la Ley del más fuerte se impondrá desnudamente y sin vallas, como en la lucha animal en medio de la selva. Nos falta, ahora, mencionar algunas clases diferentes de organización internacional.



Resurgimiento de la antigua Sociedad de Naciones

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Se hizo de moda negar toda virtualidad a esa medio difunta organización internacional.

Hasta nosotros nos dimos el lujo, en un momento dado, de levantar antes que nadie —sin siquiera proclamar las fallas de los demás y justificar nuestra acción en la violación de los otros — las sanciones contra Italia, cuando la conquista de Abisinia. A pesar de que nos tocaba sostener rígidamente el principio del castigo al agresor. Después reconocimos la conquista de Abisinia, en las Cartas Credenciales de un diplomático y al negar la virtualidad de los Poderes de los Delegados de Abisinia, a la Liga. A mí me tocó ir a Ginebra, cuando los platos estaban ya rotos, sin poder marcar hacia atrás el reloj de nuestra política internacional, ni explicar tan clara y terminantemente como habría deseado, lo que, sin culpa mía, ya era inexplicable. Felizmente, siquiera no me faltó oportunidad después, ni para sostener, aunque sea sólo con una ínfima minoría de dele-

gados americanos, —los de Méjico, Colombia y Panamá—, una resolución que proclamaba no la no intervención ficticia en España, sino la verdadera no intervención que hubiese salvado a esa República.

En otra ocasión, ya me fué dado proclamar el imperativo del respeto a la integridad y a la independencia de los pueblos débiles.

Más allá, cuando Japoneses y Alemanes, iniciaban el bombardeo de ciudades abiertas, la representación ecuatoriana pidió y obtuvo la condenación de un método de guerra bárbaro que tendía al castigo de los débiles y a la destrucción de la civilización y que, ahora, se ha vuelto contra sus inventores.

En otra oportunidad, que no olvidaré nunca, cuando el Japón iniciaba esta guerra interminable contra China, fui uno de los pocos delegados que denunció sin ambages la agresión japonesa y acaso el único, con excepción del propio Delegado de la Nación agredida, que insinuó que se condenara esa agresión con los medios establecidos en el Pacto.

Digo que no lo olvidaré nunca porque, a pesar de que el ataque injusto e inmotivado era indiscutible, el representante de una gran Nación europea, la cual después ha sufrido tremendamente los resultados de una invasión extraña, en forma arrogante contra el Ministro de un pequeño país americano, respondió manifestando que no estaba clara la agresión japonesa y deduciendo que, por lo mismo, no era fácil la aplicación de un Pacto que imponía el castigo a los agresores.

Era ésa la época en que estaba de moda mimar a Mussolini, Hitler y al Japón, y ponderar las maravillas de la obra Nazista, Fascista y del patriotismo de los militares japoneses.

Grupos reaccionarios de Europa —y también de los Estados Unidos, movidos por sus convicciones sociales individualistas - capitalistas, y dominando como estaban, la mayor parte de los Gobiernos del Continente europeo, ante el avance innegable del socialismo como idea y como realización, y del bolchevismo como idea y como construcción; esos grupos, digo, poseídos del temor a la extensión de estas doctrinas político - sociales, prefirieron dejar abiertas las esclusas para el aluvión hitleriano - japonés, sin medir la fuerza de una corriente que, antes que al Bolchevismo,

iba a sumir a los países de ellos en una guerra inmediata.

Y en cuanto a ciertos grupos reaccionarios de Iberoamérica, olvidando que nuestros pueblos son pueblos débiles de razas mezcladas, que no puede aplaudir doctrinas que van contra los pueblos débiles y las razas mezcladas; olvidando que uno de nuestros deberes primordiales es efectuar, en nuestros países, obra social que humanice y dignifique la vida de las mayorías, se dedicaron a convertirse en adoradores del nazismo, del fascismo, y de la gloria inmarcesible de las virtudes militares japonesas. Los ecuatorianos no conocemos el Japón, pero sí lo habrán estudiado y admirado los estadistas de otros países!

De ahí que uno no puede sino sentir una cierta sorpresa por ciertos cambios de cara, desde 1941 hasta el presente; porque así como antes, por apasionamiento político social, hubo gentes y Gobiernos que se ubicaron francamente en campos que eran rotundamente contrarios a los verdaderos intereses iberoamericanos; ahora se ubican, por defensa de sus intereses económicos individuales, en campos que son reñidos con sus íntimas convicciones políticas.

Así, pues, era curioso el ambiente de la vieja Sociedad de Naciones; era triste comprender cómo los pequeños, representantes de los Estados débiles, advertíamos en veces, inmediatamente, el relámpago lívido de la futura tragedia mundial; mientras las grandes estrellas internacionales se empecinaban en equivocarse.

Pero la Sociedad de las Naciones, después de todo, no fué un fracaso en el sentido que quieren darle los que la han contemplado de una manera superficial.

En primer lugar, era la primera vez que se construía y ponía en movimiento una verdadera organización fundamental y se creaba un mecanismo administrativo centralizado que, desde el punto de vista técnico, funcionó con admirable eficiencia.

En segundo lugar, se estableció un procedimiento y una jurisprudencia internacionales de alto valor para el futuro. Al mismo tiempo, se sembró y difundió en el Mundo la mentalidad apropiada para que las Naciones aprendan a trabajar en esta clase de organizaciones internacionales.

Más luego, habría que anotar varios éxitos parciales que tuvo la Liga, que significaban un gran paso adelante, en comparación a la situación mundial anterior a la guerra.

La Corte Permanente de Justicia Internacional y la Oficina Internacional del Trabajo, representaron también éxitos considerabilísimos.

La experiencia, en conjunto, significó un gran ventanal que nos dejó ver el paisaje del futuro, y la siembra de convicciones y fuerzas que, como se está comprobando, van a reproducirse de modo ineluctable, en una u otra forma.

Desde luego que la Liga tuvo fracasos ruidosos. Pero claro que tenía que tenerlos, si construída para ser una organización universal, le negaron su apoyo la primera Nación del Mundo, los Estados Unidos, y se retiraron de ella varias otras Naciones de acción e influencia universales.

Tenía que fracasar en esos problemas que chocaban contra los intereses considerados como esenciales por las grandes potencias militares o navales; si no contaba con fuerzas militares y navales capaces de abrumar a las grandes naciones transgresoras.

El caso de Abisinia, y los de China en 1931 y 1937, son sintomáticos.

Tengo para mí que una nueva Sociedad de Naciones de carácter verdaderamente universal; reforzada con elementos que la permitan imponer materialmente sus decisiones; ayudada con uno o más Tribunales Internacionales; engranada con una Oficina Internacional del Trabajo, que tienda al mejoramiento de la mayoría de los hombres y a la propulsión del movimiento incontenible hacia la justicia social: no puede sino ser favorable a los intereses fundamentales de los Estados débiles.

Allí los Estados débiles pueden siquiera denunciar sus peligros y las injusticias de que son víctimas; ahí siquiera, por una especie de pudor internacional, por la vergüenza de evitar el contraste entre las palabras y los hechos, se hacen esfuerzos, aunque sean relativos, en favor de la Justicia.

En caso contrario, los Estados débiles corren hasta el peligro de no tener ante quien hacerse oír. Por lo demás, la Sociedad de las Naciones o, para no repetir un nombre que no provoca el entusiasmo de muchísimas gentes, una Asociación Internacional de los Estados, no se contrapone a la creación de otra clase de esferas o campos de cooperación internacional más reducidos.

La nueva posición mundial de los Estados Unidos y las naciones iberoamericanas

Ya sabemos, o por lo menos presentimos con claridad meridiana, que cualquiera organización internacional no se hará en forma alguna que pueda hacer peligrar la seguridad o la hegemonía de las grandes naciones vencedoras. Humanamente nadie pudiera aspirar a ello. ¿Cómo, grandes naciones, que dan a torrentes sus recursos y la sangre de sus hijos, no van a tratar de obtener un futuro de plácidez y de abundancia después de tanto sacrificio?

Y esto, es humanamente explicable.

Pero, por otra parte, hay otro elemento que no deja de constituir un motivo de seria meditación para los pequeños Estados, actores de segunda línea o espectadores impotentes de la gran tragedia: Los estadistas que dirigen los Gobiernos de las grandes naciones van a tratar de presentarse a sus pueblos, después de la victoria, con algo que consuele el dolor de los milares de hombres que han quedado afectados por la muerte de sus íntimos, por el dolor y la ruina. En otras palabras, los pueblos, tensos de sufrir, avivados en la ignata propensión a la arrogancia, exaltados en su legítimo orgullo nacional después de la victoria, van a pedir a sus gobernantes que les presenten el fruto de ésta.

Por felicidad para los otros Estados del Mundo, ya han declarado los estadistas de las Potencias hegemónicas que no buscan el engrandecimiento territorial de sus naciones, ni el avasallamiento de los pueblos débiles.

Pero ¿será prudente esperar que no busquen la reparación de las pérdidas económicas que han sufrido y la toma de medidas que garanticen el progreso material de sus respectivas naciones? Es decir, tenemos que esperar que no se produzca la conquista político-territorial, en su forma clásica de presa que toma el vencedor. Pero no podemos estar seguros de que no se desarrolle una pugna, o un acuerdo por la hegemonía económica —y el acuerdo, acaso, sería más peligroso para los Estados débiles, desde ciertos aspectos, si se involucrase una repartición de influencia en el mundo—.

Felizmente el progreso de las relaciones políticas está descubriendo nuevas formas de cooperación entre las sociedades. Las formas clásicas de colaboración o integración política, no son ni las únicas, ni son eternas. Las nuevas necesidades de la vida internacional van creando, insensiblemente, formas nuevas, en las que cuajan nuevos sistemas de gravitación política. Trátese, por ejemplo, de definir el Panamericanismo o el Imperio Británico, y se verá que ninguno de los dos hechos históricos cabe en los moldes clásicos del viejo Derecho Internacional.

Contemplemos a los Estados Unidos y a las demás Repúblicas americanas, y advirtamos que, como una red casi invisible o finísima, se ha venido creando, especialmente en los once últimos años, un conjunto de vínculos, de tratados, de costumbres internacionales americanas, de procedimientos, de fórmulas, que hacen de Panamérica una entidad que no es ni la Confederación, ni la Federación, ni una Sociedad de Naciones: sino una construcción político-económica nueva, en la cual el centro de gravitación radica en Washington.

Por otra parte, observamos un extenderse creciente de los intereses de los Estados Unidos entre las islas del Pacífico, defendidas y reconquistadas con sangre y oro norteamericanos; y, más aún, contemplamos cómo Washington mismo trata de extender o consolidar intereses petroleros en regiones tan lejanas como el Medio Oriente.

Tampoco está eliminada la posibilidad de nuevas complejas formas de acercamiento entre el Imperio Británico, como un todo, o una gran parte de él, y los Estados Unidos. Ya se ha hablado, en efecto, de una confederación de Estados de habla inglesa.

Es decir que sin perjuicio del crecimiento o profundización de la entidad panamericana, va a haber un haz de ligámenes político-económicos de los Estados Unidos con varias partes del Imperio Británico, con varias islas del Pacífico y quizás con otras zonas geográficas distantes; una especie de sistema planetario de los Estados Unidos, desdibujado todavía y engranado con el Imperio Británico.

Los intereses mundiales de los Estados Unidos van a salir de esta guerra formidablemente agigantados y robustecidos.

Pero esto implica un nuevo problema para las Naciones Iberoamericanas. En efecto, mientras mayor sea el número y más diversa la ubicación de los ligámenes políticos y económicos de los Estados Unidos en el Mundo, mayores serán los futuros peligros de complicación que encontrará esta gran Nación en su vida exterior. Y como el resto de las Repúblicas Americanas, según se ha visto en esta guerra, sigue la órbita de la política externa de los Estados Unidos, por el mismo hecho, el conjunto de las Naciones Iberoamericanas también, va a encontrar que su política externa y sus relaciones exteriores, pueden resultar implicadas en las nuevas contingencias de la política y de las relaciones exteriores de los Estados Unidos.

Mas, si se lograra una organización internacional total, y se diera a esta organización internacional la fuerza suficiente para resolver de modo civilizado las oposiciones de intereses entre las Naciones, cuando no pudieren ser resueltas directamente entre ellas, la posición de las Naciones Iberoamericanas sería más satisfactoria: porque gozarían de los beneficios que para su progreso les brinda una sincera, leal y multifásica cooperación panamericana; sin los peligros de las complicaciones bélicas, que a cada paso de su historia, encuentran las grandes Naciones con intereses mundiales, cuando cada una tiene que contar primordialmente, para la defensa de esos intereses, no con una organización internacional universal, sino con sus propios recursos materiales.

Sobre el Imperio Británico.

También subsistirá en el panorama mundial —quizá con algunas bajas, pero no es imposible que también con algunas ganancias—, este complejo e imponente Imperio Británico, la obra más extraordinaria de la inteligencia, sutileza y tenacidad de una raza admirable, que ha sabido movilizar el Mundo en su favor durante siglos.

Felizmente para nosotros, va a subsistir el Imperio Británico, como elemento de primera línea en la vida mundial.

Canadá, Australia y Nueva Zelandia van a seguir formando parte de esta extraordinaria Asociación de Naciones.

No intento aconsejar soluciones a otros ciudadanos que no sean los ecuatorianos; pero sí puedo hablar de problemas que corresponden a toda América Ibérica.

No podemos, pues, dejar de recordar en este instante que, así como el asomarse de la Gran Bretaña a la política mundial, en contraposición a España, fué una de las contribuciones más poderosas a la independencia de Iberoamérica; así la fuerza naval de dicho Imperio, manteniendo abiertos los mares al comercio mundial, fué otro de los factores estabilizadores de nuestra independencia durante el siglo XIX, factor que no se desvirtúa totalmente por alguna intervención o tentativa de intervención británica durante ese siglo. Y en el obstinado orientarse de los Estados americanos del Sud-Atlántico hacia el cultivo preferente de las relaciones con la Gran Bretaña, no debe encontrarse sólo el resultado de una corriente comercial nacida de la clase de productos que aquellos Estados exportan y del mercado europeo que los recibe, sino además, la cauta concreción de un pensamiento de política internacional.

Creo, pues, que la subsistencia de un fuerte Imperio Británico en el Mundo de mañana, contribuye al bienestar y a la seguridad de los pueblos iberoamericanos. Y si bien las partes industrializadas de ese Imperio prefieren los productos tropicales y materias primas de las partes del mismo que están en un estado de economía colonial: no dejan también de constituir una salida parcial para nuestra producción y un contrapeso mundial para nuestra independencia.

Señalaré, así, la conveniencia de que el Ecuador se esmere en cultivar e incrementar al máximo, sus relaciones con la Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelandia y, muy especialmente, con el Canadá. Este gran país norteamericano, si bien anuda lazos de relación amistosa cada vez más densa con los Estados Unidos, no puede menos de conservar el interés fundamental que consiste en salvaguardar su personalidad nacional y, por lo tanto, tiene posición análoga a la de la mayor parte de los Estados Iberoamericanos.

Además, el Canadá, como Australia, pero más que este último Estado, es un potente mercado potencial futuro para el consumo de nuestros productos tropicales y, en general, de todas nuestras materias primas.

Digo que es aún más que Australia, porque esta última cuenta hacia el Norte, en su propio territorio o en islas rela-

tivamente cercanas, con artículos similares a los nuestros.

Creo, pues, que debemos propender también a la creación de relaciones diplomáticas y económicas directas con el Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

Relaciones con la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y con China.

Hace más de veinte años, en mi tesis doctoral, publicada en un libro, hice un esfuerzo para estudiar lo poco que sabíamos entonces acerca de la Revolución Rusa, este trascendental hecho social e histórico, que construyendo la U. R. S. S., ha construido uno de los grandes centros propulsores de la vida mundial.

Afrontando la crítica que me venía de todos lados, por escribir lo que entonces y después se dijo que eran "cuatro disparates sobre el Bolchevismo", expuse mi concepto sobre la Revolución Rusa y creo que acerté en varios de sus aspectos y consecuencias. Mis previsiones sobre la vida y el desarrollo de esos Países, en que se operaba la primera gran revolución socialista de la época contemporánea, han sido en parte confirmadas por los acontecimientos. Pero en fin, ahora acepta estos hechos el Mundo como inevitables.

Siempre he creído que un hombre debe tener el valor suficiente de ser minoría, aunque sea ínfima minoría, cuando sus convicciones le imponen, en conciencia, esa posición. Por eso, sostuve lo que sostuve en ese aludido libro de juventud.

Cuando la sinceridad de las propias ideas y el examen sereno de las realidades sociales y políticas aconsejan una línea de pensamiento nueva, aquellas chocan al principio con todas las fuerzas y los intereses heridos por la nueva dirección; pero, a la postre, se imponen.

Así, cuando ahora, después de la gran experiencia de esta guerra mundial, se reconoce que la obra social, espiritual y económica del bolchevismo, dentro de Rusia, ha convertido a esta Nación en una de las primeras del Mundo, acaso las mayorías de las personas de pensamiento político moderado, lo lamenten, pero tienen que admitirlo como un hecho objetivo, ya indiscutible.

Salvo que un cataclismo político borrara todos los factores que ahora se consolidan, la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas, va a salir no solamente consolidada de esta guerra, sino con una zona de irradiación que resultará incontenible en el resto de Europa oriental y en la Europa central, por lo menos.

Además, la U. R. S. S., ha conquistado de hecho un puesto igual al de los Estados Unidos y al del Imperio Británico en la dirección de los asuntos mundiales.

Ya en uno de los párrafos anteriores, a los que llamé de reconstrucción o de coordinación interna del Asia, anoté el hecho crucial de la formación de varios grandes pueblos industriales y agrícolas, en ese Continente, engranados de manera armónica con la Rusia Europea, pueblos soviéticos que comienzan en los Urales y llegan hasta el Extremo Oriente.

Por otra parte, una segunda y más amplia esfera, con una orientación de mayor alcance social que la actual europea, o acaso socialista, aunque no fuere bolchevique, va probablemente a extenderse por los otros países de la Europa Oriental y Central, combinando su virtualidad política, su fuerza humana y sus recursos económicos con el Soviet, en una unidad de Estados autónomos o independientes que, en cualquier forma de asociación o de concentración, incrementen aún más los ya gigantescos recursos actuales de la U. R. S. S.

Esta nueva entidad o conjunto combinado de entidades políticas, probablemente, después de uno o dos lustros, contará ya con fuerzas económicas y financieras de primera magnitud, susceptibles de permitirle extender el radio de su influencia y de sus negocios en cualquier Estado o grupos de Estados de otros continentes.

Así, pues, creo que alcanzaremos a ver una Unión de las Repúblicas Soviéticas, junto con una Europa del Oriente y del Centro, exportando ayuda financiera, artículos elaborados, maquinarias de toda índole, ayuda técnica, a todos los mercados posibles.

Es interés de los pueblos pequeños conservar relaciones político - económicas con el mayor número de otros Estados, especialmente con aquellos que pueden constituir un mercado para sus productos, un mercado financiero y una fuente de obtención de mercaderías y de recursos técnicos.

Concretando este pensamiento, considero que el Ecuador, por ejemplo, sin perjuicio de hacer, insisto en ello, una vez más, el esfuerzo más leal y sincero para cultivar, extender y profundizar el cúmulo de sus relaciones panamericanas, y, en especial de sus relaciones con los Estados Unidos, debe preocuparse de preparar intercambios con esos mercados potenciales.

Por lo tanto, creo que es hora de que el Ecuador, siguiendo el ejemplo de otros Estados Iberoamericanos, comience a hacer todos los esfuerzos necesarios para iniciar, en un próximo futuro, relaciones diplomáticas con la U.R.S.S.

En efecto, esta gran federación de Estados y los demás que se le acerquen o integren, aunque tienen más cercanos países en la zona ecuatorial del Hemisferio Oriental, capaces de suministrarles cantidades teóricamente considerables de productos tropicales y, en general, de materias primas, van a constituir el mayor centro extracontinental de absorción de esa clase de productos; si se toma en cuenta que, solamente la Unión Soviética cuenta en la actualidad con 180 millones de habitantes y no dispone de zonas de producción tropical alguna, y que la mayor parte de esa población vive en una franja de tierra fría, productora de artículos propios de esa zona, con grandes recursos mineros e industriales.

Así, pues, tanto por el deber y conveniencia de un pequeño Estado como el Ecuador, de cultivar relaciones políticas con las grandes Potencias Mundiales; cuanto por la necesidad de no apartarse de ninguna de las grandes avenidas culturales del Mundo; como por la consideración primordial de desarrollar sus relaciones económicas internacionales: es impostergable, para el Ecuador, la necesidad de esforzarse, desde ya, por la iniciación de relaciones diplomáticas con la U.R.S.S.

Veo saltar inmediatamente la objeción: "No tenemos, nunca hemos tenido, relaciones políticas y económicas que justifiquen la creación de relaciones diplomáticas con la U.R.S.S. Mientras tanto, esa creación va a servir de pretexto para que los bolcheviques que vengan, en la eventual Legación Soviética, se dediquen a hacer propaganda comunista; es decir, de una doctrina política contraria a la Democracia de este Continente, a las ideas fundamentales de

nuestra Constitución y a las normas básicas de la convivencia panamericana. El comunismo es exótico a la tradición política liberal y a la tradición católica iberoamericana y, por lo tanto, no hay para qué abrirle las puertas de este Continente. En consecuencia, la iniciación de relaciones diplomáticas con la U. R. S. S. no nos aportará ventaja alguna, sino perjuicios, y, por lo tanto, no debe ser buscada".

Colombia, el Uruguay, Cuba, Méjico, no han pensado lo mismo.

No tenemos relaciones económico-comerciales con la U. R. S. S., pero podemos tenerlas en el futuro, y debemos buscarlas porque nos conviene fundamentalmente iniciarlas. Se puede siempre asegurar que las representaciones diplomáticas no ejerzan propaganda política en forma alguna. Además, la U. R. S. S. no tiene para qué inmiscuirse en nuestra vida política interna, ni para qué hacer propaganda de su propio sistema político social. Sus realizaciones en el campo económico - social, su actuación durante la presente guerra, los despotismos minúsculos e ineptos en nuestros Estados, despotismos incapaces de levantar metódicamente el nivel de vida de las mayorías populares: son los mejores propagandistas de regímenes sociales nuevos.

Análogas consideraciones a las que me han movido para propugnar la iniciación de relaciones diplomáticas con la U. R. S. S. y a buscar relaciones económicas con ella, nos aconsejan reconocer la necesidad de buscar en el futuro un incremento de nuestras relaciones económicas y políticas con China, esta gran Nación heroica que, al desangrar prolongadamente al Japón, nos está liberando de una amenaza a los Sudamericanos del Pacífico.

Es probable que, desde luego, para incrementar nuestras relaciones diplomáticas con la China, nos veríamos en el caso de revisar la Ley Ecuatoriana que prohíbe la inmigración china al Ecuador.

Posiblemente, el Ecuador, va a tener que trazarse una política inmigratoria, resistiendo a cualquier clase de presiones externas, porque de nuestra política inmigratoria depende no solamente nuestro futuro, sino acaso nuestra misma independencia nacional.

En efecto, si dejáramos entrar demasiados inmigrantes extranjeros que no se crucen ni se mezclen con los ecuatorianos, ni asimilen la cultura y los ideales ecuatorianos,

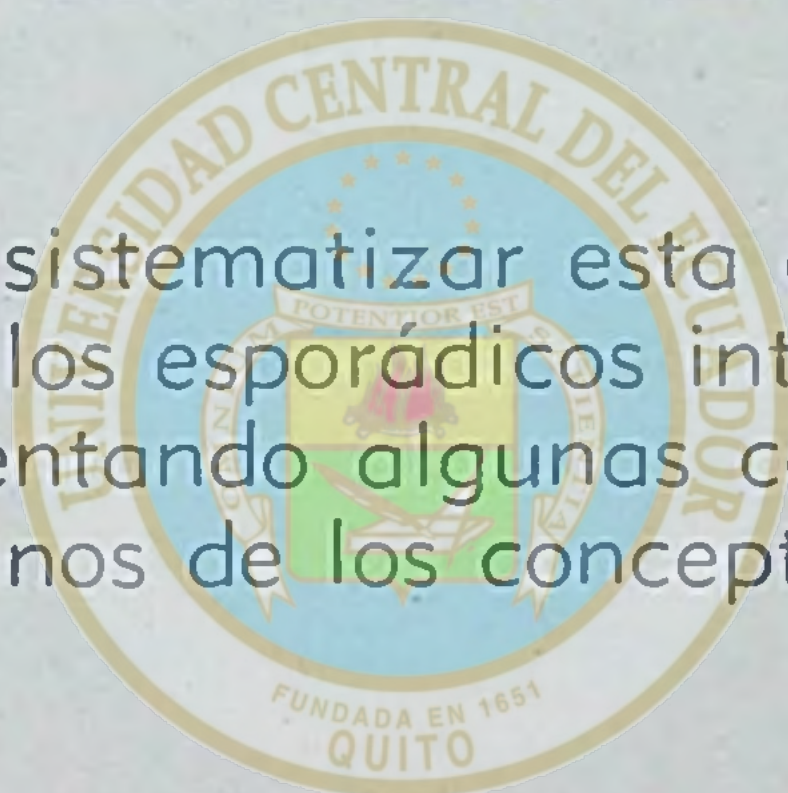
pronto esa minoría dejará de serlo, propiamente, para convertirse en mayoría dominante o en minoría dominante. Y si el Ecuador pudiera continuar siendo independiente, ya no estaría dirigido por ecuatorianos, sino por inmigrantes que habrían avasallado a la población ecuatoriana.

Creo que en la futura política inmigratoria del Ecuador, tendremos que determinar cuáles son las corrientes inmigratorias mejores o posibles, para darlas preferencia y señalar cuota a otras corrientes inmigratorias externas aceptables.

El sistema de cuotas podría resolver las dificultades en las relaciones con China.

CONCLUSIONES

Procuremos ya sistematizar esta exposición, apresuradamente escrita, en los esporádicos intervalos que el trabajo diario permite, sentando algunas conclusiones que cristalicen siquiera algunos de los conceptos expuestos en esta conferencia.



ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

POLITICA ECONOMICA INTERNACIONAL

Para formularla necesitamos partir de la base del conocimiento de los factores externos y de los internos ecuatorianos.

Entre estos últimos, necesitamos saber qué es lo que somos desde el punto de vista económico.

Ya sabemos, aproximadamente, lo que somos desde el punto de vista de la capacidad agrícola.

Entre la mar de datos que necesitamos conocer, enumeraré los siguientes:

Qué es lo que somos desde el punto de vista de la capacidad minera. Para ello, requerimos tener un mapa geológico ecuatoriano aproximado y un inventario aproximado de nuestra capacidad minera.

Es también indispensable la formación de un censo de la población ecuatoriana y un estudio completo que nos per-

mita conocer como está distribuída esa población, geográfica y racialmente, en las ciudades y en los campos, y en las actividades económicas.

Necesitamos una estadística de nuestra producción, de nuestra importación, de nuestro consumo y de nuestra exportación.

Para formular nuestra política económica internacional y nuestra política inmigratoria, requerimos también de nuevos órganos administrativos que llenen las nuevas funciones estaduales.

En primer lugar, requiérese de un Ministerio de Economía Nacional que centralice la investigación, el conocimiento, la planificación y la propulsión de la economía ecuatoriana y solucione los problemas de ella, en conexión con otros órganos administrativos existentes.

En efecto, un Ministerio de Economía Nacional tendría que laborar en íntima conexión con el de Relaciones Exteriores, Previsión Social, Agricultura y Finanzas.

Como centro de enlace tiene que crearse, en una u otra forma, un Departamento de Comercio, ya que, el que actualmente existe en la Cancillería, no cuenta ni con el personal suficiente, ni con los medios apropiados para llenar su complejo y vasto cometido.

En el Departamento de Comercio que, a mi ver, debe seguir engranado dentro del Ministerio de Relaciones Exteriores, se centralizaría la coordinación de la política económica internacional y de la política comercial internacional.

El planeamiento de estos problemas, sobre bases coordinadas, nos lleva también a la necesidad de que se formule una política de concesiones y relaciones con el capital extranjero, la cual está íntimamente ligada a la política internacional en general. Especialmente, si van a ser empresas oficiales de otros Estados las que van a tratar de obtener concesiones de explotación de los recursos nacionales.

En efecto, es diferente para el Gobierno tratar con una Compañía extranjera privada, que con una Agencia o Compañía de un Gobierno. En este instante, por ejemplo, la prensa americana comenta y estudia todos los días la intervención del Gobierno Norteamericano en el mercado mundial del petróleo, al tratar, mediante negociaciones, de asegurarse él, el Gobierno, por medio de una de sus organizaciones, ciertos recursos petroleros del Medio Oriente, para usufructo de los Estados Unidos.

POLITICA CON LAS ORGANIZACIONES ECONOMICAS Y FINANCIERAS INTERNACIONALES. POLITICA INMIGRATORIA.

Otros aspectos complejos de la política exterior, se relacionan con ciertas clases de lo que podríamos llamar bases externas, organizadas jurídica e internacionalmente, para determinadas relaciones estatales.

Mencionemos algunas de estas bases.

En primer lugar vemos diseñada, desde hace varios lustros, una tendencia creciente a crear un sistema internacional de control o de acceso a determinados recursos naturales no explotados en varios países. Obsérvese, verbigracia, la fundamentación filosófica que se buscó para justificar la creación del sistema de Mandatos después de la guerra pasada.

En segundo lugar, mencionaría la extensión, a nuevos aspectos de relaciones internacionales, de un sistema de organización internacional de ciertos factores comerciales, etc. Véase, por ejemplo, el significado de la Convención Panamericana del Café. Medítese en la trascendencia de la institución de sistemas y cuotas para determinadas provisiones, compras, transportes, etc. Lo que al principio parecen solamente medidas de emergencia transitoria, dadas las circunstancias futuras del mundo pueden convertirse en engranajes de nuevas instituciones permanentes.

Otro ejemplo sería, el que la tendencia progresiva a la creación de sistemas internacionales estabilizadores de las monedas nacionales y de los cambios, y la aspiración a crear ciertas unidades monetarias internacionales. En efecto, desde hace varios años, comenzó a extenderse el sistema de acuerdos internacionales, de fondos de estabilización, etc. y ahora, a la cabeza de las posibilidades, hay dos planes para estabilización monetaria internacional, uno americano y otro inglés.

El problema de las migraciones voluntarias y forzosas va también entrando en el campo de la ordenación internacional. Recuérdesse, para no citar sino pocos casos, la intervención de la Sociedad de las Naciones en el intercambio de poblaciones griegas y turcas, después de la guerra de 1914-

1918; y la Conferencia acerca de la situación de los refugiados, que promovió el Gobierno de los Estados Unidos, poco antes de la segunda guerra mundial. Tómese nota de que algunos de los nuevos Tratados de Paz, pueden implicar considerables migraciones de población alemana, polaca, checa, búlgara, y de algunos otros países de la Europa oriental y balcánica. Medítese en las sucesivas proclamaciones, por estadistas responsables de la dirección de la política de los grandes países, acerca de la solidaridad humana y la necesidad de la cooperación mundial para resolver el problema de los refugiados y, además, de los hombres sin Patria.

Y, para no cansar más, vuélvase los ojos un instante a los esfuerzos que se inician en este momento para construir, antes de que sea demasiado tarde, un sistema de cooperación internacional relativo a la navegación aérea, que evite la lucha sin cuartel por el predominio comercial y estratégico del cielo. No hace mucho, el discurso de una distinguida diputada americana sobre este tópico —de Mrs. Luce— promovió una tempestad de comentarios en el Parlamento y en la prensa británicos; y hace pocos días tuve el honor de recibir un libro extraordinariamente interesante "The Struggle for Airways in Latin America", escrito por Mr. William A. M. Burden, Agregado especial de Aviación al Secretario de Comercio de los Estados Unidos, publicado por el Council on Foreign Relations de esa República. Este último libro (que debería ser estudiado, con la mayor atención, por los estadistas latinoamericanos) después de hacer un estudio de las realidades geográficas y de las posibilidades económicas y culturales de nuestros países y de la historia del desarrollo de la aviación en cada uno de ellos, se ocupa luego del período de expansión y de la rivalidad de las Compañías de Aviación de diferentes nacionalidades, terminando por plantear las tremendas posibilidades de desarrollo de la aviación en el futuro y de los dilemas de competencia o monopolio sobre este aspectos.

Si solamente ponemos nuestra vista en los problemas que preceden, ya vemos que la política exterior del Ecuador tiene que prepararse a tomar una serie de posiciones y medidas:

Defensa de nuestros recursos naturales, combinada con la necesidad de abrirlos al capital y la técnica extranjeros, en un sistema o política de concesiones equitativas.

Necesidad de prepararse a obtener las mayores ventajas posibles en la organización internacional de los mercados, monedas, cambios, crédito y navegación aérea; tomando en cuenta que el do-ut-des es inevitable en estas materias.

Preferencia de un sistema de competencia, antes que de monopolio, en los problemas de navegación aérea y marítima. Como los pequeños Estados no pueden crear monopolios propios, tiene que procurar que no les opriman, a ellos, los ajenos.

Estudio del grave y trascendental problema de la clase de inmigración que conviene al Ecuador y que puede obtener el Ecuador.

De la política inmigratoria ecuatoriana depende en gran parte el futuro nacional. Si el Ecuador absorbe una población de color, su futuro puede enderezarse en un sentido dado. Si puede absorber oleadas de artesanos, industriales y agricultores blancos, su destino será diferente. Si adopta una actitud demasiado pacata y egoísta en materia inmigratoria, su estancamiento puede ser matador. Si abre todas sus puertas de par en par, sin freno, selección, ni meditación alguna, el Ecuador podría convertirse ciertamente, en un hogar de extranjeros; pero los ecuatorianos auténticos, en un pueblo avasallado y explotado. Si los inmigrantes se mezclan con los ecuatorianos, el Ecuador saldrá ganando, porque construirá un nuevo pueblo apto y adaptado al medio. Si no, habremos adquirido un nuevo gran problema, sin ganar nada, en cambio: un problema de minorías.

He aquí las grandes dificultades y los tremendos problemas que van envueltos en una política inmigratoria.

POLITICA INTERNACIONAL RELACIONADA CON LOS PROBLEMAS SOCIALES Y HUMANITARIOS.

Dados los hechos que marcan desde ahora el Destino, tenemos que formular la conclusión de que conviene a la política internacional ecuatoriana en esta materia, apoyar varonilmente todos los esfuerzos que se hagan para, mediante organizaciones internacionales, levantar la condición de las mayorías proletarias; para obtener la independencia y la igualdad de las razas oprimidas; para que las razas de

color sean consideradas en un plano igual al de las razas blancas; para estimular la cooperación internacional en los problemas del trabajo y la formulación de Tratados Internacionales de tipo social.

Desde el punto de vista humanitario, creo que es deber moral de los ecuatorianos engrosar el cauce de la solidaridad y de la asistencia mundiales, dando nuestro máximo de capacidad, para las poblaciones azotadas por la guerra y para la solución de los problemas humanos que la guerra ha traído.

POLITICA INTERNACIONAL DEL ECUADOR EN AMERICA.

Lo primero que habría que esclarecer es si conviene al Ecuador defender celosamente la conservación íntegra, de su personalidad nacional, de su independencia y de su autonomía, aspirando a ser, como algún estadista, aunque con ánimo poco amigo, le llamé hace más de 30 años, una especie de Suiza americana.

Pero ya hemos visto que hay poco lugar en el futuro para las Suizas.

La vida humana, como se ha dicho arriba, está provocando la formación de integraciones político-económicas más amplias. Y no está descartado el peligro de que las Suizas, de que las nuevas Suizas rodeadas por países más fuertes, más que Suizas, resulten Polonias, en trágica sucesión de repartos, agonías y resurrecciones.

Cualquiera solución no desvirtúa el deber ecuatoriano primordial, de fortalecer el organismo nacional y defensivo hasta el máximo posible, y de seguir cultivando en los hombres el más alto y abnegado sentido patriótico, sin perjuicio de desarrollar en ellos el anhelo colombianista, americanista y universalista. Sigamos, pues, cultivando celosamente nuestra virtualidad de grupo humano, consagrado como unidad política durante siglos.

Pero, sin perjuicio de lo que precede, hay que prever que, querámoslo o nó, —y yo creo que debemos quererlo resueltamente— tenemos que formar de manera progresiva más y más parte de nuevos organismos regionales, continen-

tales y mundiales. Si el aislamiento de los grandes Estados es imposible, menos es aún el de los pequeños.

Por mi lado, tomando en cuenta la atracción de la Gran Colombia, juzgo que el Ecuador debe hacer todo lo que está en su mano para acercarse a su reconstrucción, sobre bases modernas y compatibles con las realidades actuales, en la forma más completa y rápida que resulte posible. Esto de la reconstrucción espiritual me parece un sustituto sin mucha eficacia, para consolarnos de que los Gobiernos no se atreven a avanzar en el real campo de los hechos.

Y sin perjuicio del anhelo de reconstrucción gran-colombiana, considero de mi deber insistir en que, por lo que mira al acercamiento con Colombia, hay que seguir intentándolo, con valentía y franqueza, por lo mismo que la reconstrucción de la Gran Colombia es más difícil.

Así, pues, por lo que respecta a estos dos tópicos de política internacional ecuatoriana, yo enunciaría la siguiente fórmula: La política internacional del Ecuador debe ser, por lo que mira al Grancolombianismo, avanzar en el camino de la reagrupación regional de los tres países, tan lejos y tan pronto como lo quieran Colombia, y Venezuela; y por lo que mira al acercamiento con Colombia, avanzar tan lejos y tan pronto como lo quieran el Pueblo colombiano y el Gobierno de Bogotá.

Anhelaría sinceramente que el Perú, en consideración a los imperativos de Justicia Internacional más elementales y a las conveniencias más esenciales, profundas y permanentes de ambos pueblos, abra las puertas para una modificación digna y razonable de la frontera de los dos países, estipuladas en el Protocolo de Río de Janeiro. Una reforma amistosa, encauzaría de modo definitivo e incontenible una cooperación múltiple, aconsejada por el inmenso volumen de los problemas y necesidades comunes a los dos Estados, en que coinciden armoniosamente los intereses de ambos.

Mas, como la política del Perú no toma esta dirección, sino que ha rechazado, duramente, a fuego de metralla, la intención amistosa del Ecuador, parece muy difícil que en este momento pueda encararse el incremento considerable de relaciones entre las dos Repúblicas.

El armamento del Perú, no puede menos que inspirarnos la más profunda y fundamentada preocupación y nos obliga a no desdeñar las lecciones de la experiencia.

Ante el Perú, pues, debemos ser altivos, corteses, sí, pero firmes. Robustecer nuestra nación y nuestra defensa. Cultivar el sentido del honor y el sacrificio propios, para no dejarnos abrumar otra vez, debe ser obligación y el primer lema ecuatoriano. Nosotros no somos ni hemos sido agresores, pero que podamos defendernos como hombres, si el Destino nos depara otro ataque.

Por otra parte, si el Mundo crea un Tribunal Internacional o una Organización Internacional, con poderes suficientes para considerar todos los problemas internacionales, en justicia y en equidad, creo que el Ecuador tendrá que meditar acerca de la posibilidad de encarar una revisión pacífica de un Tratado que los ecuatorianos suponemos que fué acaso firmado porque estaba ocupado por el adversario una parte de nuestro territorio; o porque estaban Guayaquil y otras ciudades de la costa ecuatoriana amenazadas por la Marina y Aviación extranjeras; es decir, porque el Ecuador estaba presionado por circunstancias de fuerza, que impedían la libre manifestación de su voluntad nacional.

Creo que debe ser uno de los imperativos esenciales de la política externa ecuatoriana, encaminarse decidida, resueltamente, a un incremento de nuestras relaciones con el Estados Unidos, sobre una base de mutua franqueza y consideración, y dentro de la línea digna y consciente que deben seguir los pueblos débiles cuando tratan con las grandes naciones amigas.

No tenemos, dentro del radio limitado de nuestros problemas y de nuestras aspiraciones nacionales, punto alguno en que ellos choquen con los intereses de los Estados Unidos. Al contrario, nuestros recursos agrícolas y mineros, y las posesiones estratégicas que ocupamos en el Continente y en el Océano; nos invitan a una cooperación progresivamente creciente.

Sin perjuicio de que los Estados Unidos cultiven una política panamericana, un especial complementarismo económico, razones geográficas y estratégicas, no pueden menos, como lo demuestra la historia de este siglo, que tener una influencia aún más acentuada, en la zona continental que termina, hacia el sur de América, con la zona de producción tropical. Nosotros estamos dentro de ella y es de nuestra conveniencia cultivar los múltiples caminos que con-

ducen a la construcción de una amistad cada vez más sólida y verdadera.

Nuestro principal mercado de artículos tropicales está en los Estados Unidos. Ningún país más bien situado y capacitado para proveernos, a su vez, de lo que necesitamos. El Ecuador, está en una de las direcciones más fáciles para la inversión del capital americano y para nuevas empresas de progreso que la técnica americana quiera emprender.

En el pasado, jamás hemos tenido dificultad ni recelo alguno con los Estados Unidos, los cuales, a pesar de su situación de fuerza preeminente, nunca han tratado de poner obstáculos en nuestro camino, ni de inmiscuirse en nuestras locuras internas.

Así, pues, el anhelo de incremento de relaciones amistosas con los Estados Unidos, está en el cauce de las más naturales e ineludibles corrientes geográficas e históricas.

Naturalmente que anhelaríamos, antes de desembocar en el mar panamericano, la creación y fortalecimiento de una primera unidad o etapa, en una concentración continental iberoamericana. Y si ésta no es factible en la actualidad, es obvio que uno de los mandatos de la política internacional ecuatoriana es no poner obstáculo alguno a su desarrollo, sino favorecerla, incrementando laboriosamente sus vínculos con los demás países de Indo-América que quieran incrementarlos con el Ecuador.

Sin perjuicio de lo que sostengo más abajo, acerca de una organización internacional mundial, también tiene el Ecuador que colaborar realmente en la medida de sus modestas posibilidades, al desarrollo de esta curiosa y naciente entidad política y económica continental, Panamérica. Suponiendo que Panamérica no pudiere llegar al Super-Estado, tenemos que propender a que fomente y logre la concordancia de los intereses políticos y económicos de los países del Hemisferio Occidental, y mate o amortigüe los factores de choque y de discordia.

Tenemos pues, que, así como somos partidarios del acercamiento a Colombia, del Grancolombianismo y del Iberoamericanismo, somos partidarios del Panamericanismo, que no debe ni puede ser forma excluyente.

ACTITUD GENERAL DEL ECUADOR EN EL MUNDO EN MATERIAS POLITICAS

Cosas parecidas tenemos que concluir acerca de la posibilidad de una asociación mundial de naciones.

Si bien ha habido posición doctrinaria que aconseje que lo más conveniente es la organización que asocie de plano a todas las naciones del Mundo en una gran Sociedad de Naciones Mundial; ha habido otros pensadores, estadistas y juristas, que han creído que es más natural la escalonada organización mixta. Es decir que de la asociación regional se vaya a la Sociedad de Naciones Continental, y que la Sociedad de Naciones Mundial se forme del concierto de las sociedades de naciones continentales.

Cualquiera que sea el camino o la gradación que se adopte para constituir una Asociación de Naciones Mundial, estimo que el Ecuador debe, desde el principio, contribuir decididamente a ella, por conveniencia esencial de los países pequeños. En efecto, éstos encuentran más garantía para su existencia nacional independiente, dentro de una organización jurídica internacional; la cual, forzosamente, tiene que asegurar el respeto de los derechos fundamentales de las sociedades políticas menos poderosas, para no provocar la resistencia de la mayoría de los pueblos del mundo.

Nosotros, no podemos renunciar, en caso alguno, a nuestro anhelo regional colombiano-grancolombiano y a nuestra inveterada esperanza y sueño iberoamericanos. Cómo se llegue a la Sociedad de Naciones Mundial, es importante; pero no menos capital que la necesidad irrenunciable de encontrar fórmulas de cooperación —en el marco panamericano— con los demás Estados de este Continente y garantías para la existencia de los pequeños Estados.

Hace algunos años tuvimos la oportunidad y el acierto de apoyar la proposición colombiana y de Santo Domingo para formar una Sociedad de Naciones Americanas. A pesar de que entonces el Panamericanismo no había alcanzado el desarrollo actual, este proyecto, acaso, no debe considerarse muerto en definitiva. Pero no hemos de convertir nuestro anhelo de organización regional, en pretexto para

no hacer todo lo posible para la creación de una organización mundial que nos es indispensable.

Nos conviene esencialmente, en todas las actitudes de nuestra política internacional, mantener una actitud que, invariablemente, con la más tenaz y prolongada insistencia y del modo más coherente y firme, tienda a reforzar el imperio del Derecho Internacional Público, tantas veces violado en el curso de la Historia.

En lo político, cultivar y engrandecer la idea magnífica de la Patria, que es el hogar de los nuestros. Y dentro del amplio campo de la doctrina del Derecho Internacional Público, sostener los derechos a la existencia, a la soberanía y a la igualdad, por parte de los Estados débiles, sin perjuicio de abrir la voluntad, como se ha venido diciendo, para la gradual concertación de entidades políticas y económicas mayores. Ese es nuestro camino.

Del mismo modo, por el hecho de haber sido durante siglos una colonia extranjera, y de estar, dados nuestros recursos defensivos, en posibilidad de ser presas de cualquier imperialismo, tenemos que condenar, la supervivencia del sistema colonial, como contrario, fundamentalmente contrario, a los derechos iguales de los hombres, a las aplicaciones externas de los mandatos de una democracia interna, a las normas esenciales de un sentido humanitario que se impone y a los progresos del Derecho Político y del Derecho Internacional.

En efecto, estamos obligados a proclamar la existencia o la erección de vallas morales, que ponen cierto freno al abuso de unos pueblos contra otros, porque hay un derecho de la Humanidad, o de los hombres por ser tales, que es superior a los derechos particulares de un Estado dado, o a los pseudo-derechos que son el resultado de la fuerza.

El progreso universal impone que la Humanidad se levante a defender las partes o miembros de ella, que son víctimas de la agresión, de la invasión, de la conquista.

Estas normas fundamentales, no se oponen a que reconozcamos la necesidad de la tutela de los pueblos retrasados. Pero no de una tutela que se crea para la explotación, en favor de los fuertes, de los recursos materiales y humanos de los correspondientes territorios; sino, primeramente, para beneficio de las poblaciones del mismo terri-

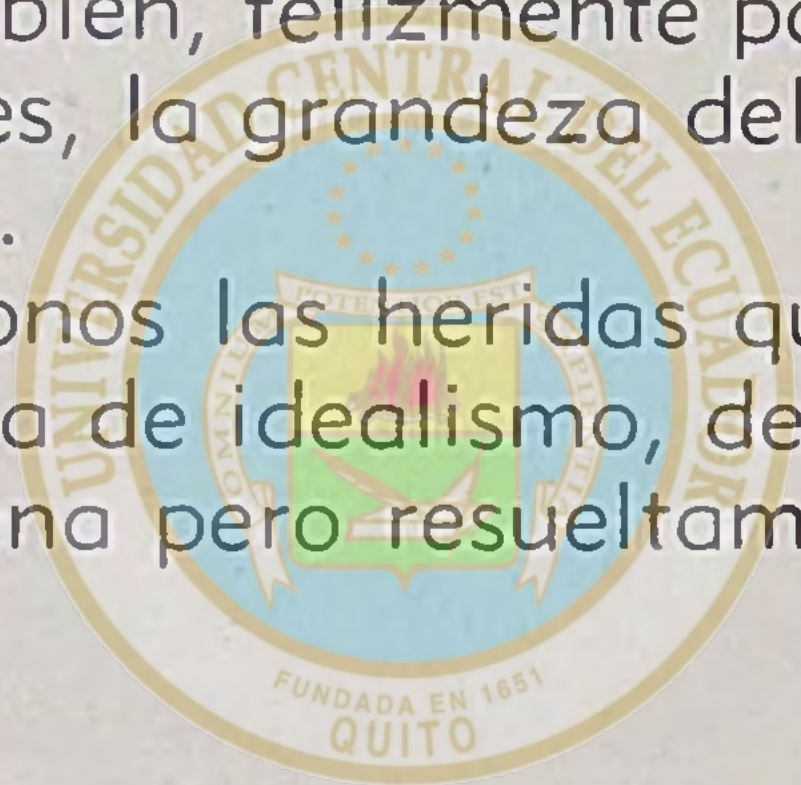
torio y, en segundo lugar, para beneficio de toda la Humanidad.

Para no caer en el vacío, ni en el ridículo, los Estados poco poblados, poco extensos, poco poderosos, tienen que adoptar actitudes moderadas, pero serias y firmes, en sus relaciones internacionales. Pero esto no implica ni ánimo cobarde, ni timidez suicida.

Al contrario, el que un Estado sea pequeño, no impide que conquiste para sí el respeto del Mundo, si sabe ser moralmente fuerte e irreprochable, sincero y leal en sus convicciones, grande en sus ideales, audaz en sus propósitos de beneficio humano, fiel con sus amigos, digno y heroico con sus adversarios.

En los pueblos también, felizmente para el Ecuador, cabe, como en los hombres, la grandeza del alma y el temple acerado de la voluntad.

Así pues, vendémonos las heridas que nos dejó el pasado y con el alma llena de idealismo, de realismo y de voluntad, avancemos serena pero resueltamente hacia el porvenir.



ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Quito, marzo de 1944.